ROBERTO DILLON

Ó

EL CATÓLICO DE IRLANDA.

MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR

M. VICTOR DUCANGE,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA (Fígaro).

Representado en Madrid en el teatro del Príncipe.

REPARTO.

ROBERTO DILLON..	Sr. Elías Noren.
ANA DILLON, su mujer.	Sra. Concepcion Velasco.
PATRICIO DILLON, su hijo.	Sr. José Tamayo.
ISABEL DILLON, su hija.	Sra. Bárbara Lamadrid.
EDUARDO, amante de Isabel y amigo de Dillon..	D. Cárlos Latorre.
DERMOD, enemigo de Dillon, hombre falso, vengativo, etc.	Sr. José Alcazar.
MILORD FITZ WILLIAM, diputado de la corona en Irlanda..	Sr. Luis Fabiani.
JORGE, criado antiguo.	Sr. Agustin Azcona.
MARIA, su hija, criada.	Sra. Rafaela Gonzalez.
MAURICIO, jardinero de Eduardo, prometido de María.	Sr. Antonio Guzman.
UN MOZO..	Sr. Antonio Rubio.
UN ASESOR.	Sr. Francisco Morales.
UN MINISTRO.	Sr. Mariano Casanova.
UN OFICIAL.	Sr. Lobo.
UN CRIADO..	Sr. Joaquin Lledó.
Jurados, Amigos de Dillon, Escribanos, Alguaciles, Guardia, pueblo, etc.	

La accion pasa en Dublin, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, *en el reinado de Isabel de Inglaterra.—Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillon, y el tercero en una sala de las casas consistoriales.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el jardin de la casa de Dillon; un parapeto de unos dos piés de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta esta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En el interior del jardin, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, enfrente de este, un bonito pabellon de jardin, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, MAURICIO.

(*Al alzarse el telon, Mauricio, con un envoltorio en la punta de un baston, llega por la muralla y se pára delante de la verja.*)

MAURICIO. (*Forcejeando para abrirla.*) ¡Oiga! Este pestillo no se levanta: no parece sino que la verja está cerrada. ¡Diantre! ¡Ah! ¡toma! ya sé en qué consiste; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) ¡Señor Jorge, señor Jorge!

JORGE. (*De adentro.*) ¡Aquí está, aquí está! (*Sale del vestíbulo poniéndose el vestido.*) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) ¿Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillon no espera á nadie, y... Toma, toma, ¿no es Mauricio?

MAURICIO. Sí, soy yo, que estoy aquí.

JORGE. ¿Cómo? ¿Eres tú, muchacho?

MAURICIO. En persona, señor Jorge.

JORGE. ¡No es posible!

MAURICIO. Sí, señor. ¡Abridme, que os traigo buenas nuevas!

JORGE. ¿Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa, y vuelve á salir.*)

MAURICIO. Daos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á María.

JORGE. (*Con una gran llave.*) ¡Pobre muchacho! Y María, que no le espera... (*Rie.*) ¡Ah, ah, ah, qué contenta se va á poner! ¡Eh, eh, eh!

MAURICIO. ¡Buenas tardes! Señor Jorge, dejadme que os abrace.

JORGE. Ven acá, muchacho, ven acá. (*Se abrazan.*)

MAURICIO. ¡Eh, eh! ¿Y cómo está mi María, vuestra hija, eh, eh, mi novia?

JORGE. Como todas las muchachas cuando están esperando con ansia el dia de boda.

MAURICIO. ¿Cómo? Pues qué... ¿tiene calentura, ó?...

JORGE. ¿Calentura? ¡qué! ¡Está mas gorda que una mula, y contenta como unas pascuas! Rie, canta y charla mas que cuatro.

MAURICIO. ¡Eh, eh! ¡Pobrecilla! Pues yo... señor Jorge, me sucede todito lo contrario: cuando estoy enamorado, me seco y tengo una cosa... ya se ve... va para tres meses que no he visto á mi María... Cuidado que es una buena temporada para estar uno... ¿eh?

JORGE. Ya se ve; pero primero es la obligacion. Dejaste á tu futuro suegro para ir á cuidar á un pariente anciano y enfermo; hiciste una buena accion; pero tu ausencia no te ha hecho perder ni un tantico así en el corazon de mi hija: ella sabe que eres un buen muchacho, un escelente jardinero; y si no, ahí estaba el señorito Eduardo, tu jóven amo, que se hacia lenguas de tí, antes de marcharse á Edimburgo: ya sabes que fué á su casa á pedir á su familia su consentimiento para casarse con nuestra señorita. Mira, Mauricio, ten un poco de paciencia, y cuenta conmigo. Tu boda con María se hará al mismo tiempo que la del señor Eduardo con la señorita Isabel.

MAURICIO. Enhorabuena: no deseo otra cosa... ¡Qué feliz voy á ser!

JORGE. Ahora bien, ¿y esas buenas nuevas que me traes?

MAURICIO. ¡Toma! (*Tristemente.*) Mirad, la primera es que mi tio se ha muerto.

JORGE. ¡Ay! ¡Pobre hombre!

MAURICIO. (*Enjugándose las lágrimas.*) ¡Ah! ¡Yo lo creo! ¡Pobre hombre! Gracias á Dios, hace tres dias que tuvimos la desgracia de perderle.

JORGE. ¡Lo que somos!

MAURICIO. Eso digo yo... ¡Caramba! Ya se ve, no podia durar mucho desde que habia dado en la flor de tener un ataque de apoplejía todas las semanas.

JORGE. ¿Apoplejía?

MAURICIO. Sí: los médicos dieron en sangrarle tanto para que no se muriese, que no pudo vivir mas. Y eso que... es preciso decir una cosa como otra; ellos llevaban ya la cura en muy buen estado, segun decian, y era una gran cura aquella. Así es que oigalos V.; ¡ellos mismos lo decian! Sí, señor, que á no haberse muerto mi tio de este ataque, hubiera podido ir tirando algun tiempo mas...

JORGE. ¡Mira tú qué desgracia! Por un poco ya... y jóven todavía.

MAURICIO. ¡Ya se ve! Setenta y siete años no mas, que ha sido una compasion: ya os podeis figurar que no habré tardado en dar la vuelta á la ciudad. Como que me esperaba mi jardin y María, y vos mismo... Pero no está ahí lo mejor; hay otra buena nueva que no esperaba yo tan pronto. Llegaba yo por una parte, y estaba llegando el señor Eduardo por otra.

JORGE. ¿Qué dices? ¿Ha llegado el señor Eduardo?

MAURICIO. ¡Toma! Si le he dejado á una legua de aquí. Mauricio, me dijo, vete, y en estando allá avisa mi llegada á la familia del señor Roberto Dillon; diles tantas cosas, y que no tardaré mucho mas que tú en estar á los piés de la hermosa Isabel, y que el corazon, y el alma, y... ¡qué sé yo cómo dijo! El alma... pues... en fin, por ese estilo...

JORGE. Sí... ¿Y te estabas sin darme esa buena noticia? ¡Qué alegría para mis amos! ¡Oh! aquí todos queremos á ese señor Eduardo. Vamos, vamos á avisar á todo el mundo. ¡María! ¡María!

MARÍA. (*De adentro.*) ¡Voy, allá voy!

MAURICIO. (*Conmovido.*) ¡Eh, eh! Es su voz... ¡Cómo me late el corazon! Señor Jorge, llamadla otra vez.

JORGE. Preciso será llamarla. ¡María! ¡María!

MARÍA. (*Lo mismo.*) Un momento, padre, un momento; me estoy poniendo el vestido de los dias de fiesta para bailar esta noche. Ya me estoy acabando de vestir.

MAURICIO. ¡Eh, eh! Decidla que no acabe; me gusta oir su voz.

ESCENA II.

Dichos, MARÍA.

(*María sale muy despacio acabándose de arreglar el vestido.*

MARÍA. ¿Qué sucede, padre, para tanta prisa? ¿Hay fuego?

JORGE. ¡Fuego, eh, fuego! Sí, señora, fuego.

MARÍA. (*Mirando al rededor.*) ¿Dónde? Pues...

MAURICIO. (*Escondiéndose detrás de Jorge.*) ¡Eh! ¡Qué guapota está!

JORGE. (*Cogiéndola del brazo.*) Vamos, ¿qué miras? Tonta, ¿qué haces? Mira aquí en frente de ti, levanta la cabeza... allí... (*La coloca en frente de Mauricio.*)

MARÍA. (*Palmoteando.*) ¡Ah, ah, ah! ¿Qué veo? (*Riendo.*)

MAURICIO. ¡Eh, eh! Estás viendo á tu novio, María. (*María suelta una carcajada palmoteando de gozo, y Mauricio llora enternecido.*)

MARÍA. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué alegría!

MAURICIO. ¡Eh, eh! ¡Qué gozo!

JORGE. Eso es: llorar y reir como dos tontos, mientras que yo voy á alborotar á todo el mundo para anunciar la próxima llegada del señorito Eduardo.

MARÍA. ¿Llega el señor Eduardo? Corred, padre, corred: mientras que vos los avisais, yo charlaré aquí con Mauricio.

JORGE. ¡No veo de gozo! Ciertamente parece que la Providencia nos envia á nuestro querido señor Eduardo en una ocasion como esta, en que tanta necesidad tiene toda la familia de consuelos... Hablad, hablad, hijos mios. (*Va á quitar la llave de la verja y entra en la casa.*)

ESCENA III.

MAURICIO, MARÍA.

MAURICIO. (*Aparte, mientras que María acompaña hasta la puerta á su padre.*) ¡Tanta necesidad de consuelos!... (*Alto.*) ¡María!

MARÍA. ¡Qué?

MAURICIO. ¿Qué quiere decir eso de consuelos? ¿Ha sucedido alguna desgracia en casa del señor Dillon?

MARÍA. ¡Ah! ¡Pobre Mauricio! Aquí no hemos tenido mas que desgracias desde que te fuiste. Yo creo que nos han hecho á todos mal de ojo. Yo he dejado á mi padre marcharse solo, porque queria contártelo todo.

MAURICIO. Bien hecho, María: di, ¿y qué ha sucedido?

MARÍA. ¡Caramba! ¡Muchas cosas, cosazas! Mira, lo primero y principal, el señor Dillon tiene enemigos en la ciudad.

MAURICIO. ¡Toma! eso ya lo sabia yo, y mi amo tambien. Como el señor Dillon es católico, como dicen, y su familia tambien, y tienen su creencia y su religion, distinta de las demás gentes del pueblo, que somos protestantes... y como aquí desde esta última persecucion no creo que ha quedado mas familia principal católica que esta, creo que por eso la tiene entre ojos el lord diputado.

MARÍA. ¡El lord diputado! Ya... ¿Y sabes tú lo que dice á eso el señor Dillon? Dice que en lugar de meterse en la conciencia del prójimo, mas le valia al diputado, ya que es el primer magistrado, administrar la justicia como la reina manda; igual para todo el mundo, sin distinguir de personas, ni si este piensa así, ó del otro modo.

MAURICIO. Y que tiene razon.

MARÍA. Ya se vé: mira, Mauricio, tú y yo tampoco somos católicos, y con todo y con eso todos los dias me acuerdo de mis buenos amos en mis oraciones; y si todos los que los calumnian viesen como yo su bondad y su dulzura, y el cariño que tienen á sus hijos, y luego aquella honradez en todas sus cosas, y aquella caridad con los pobres, yo te aseguro que bien pronto tendrian todos á esta familia por un modelo de virtudes, en lugar de mirarla como un objeto de escándalo, que así dicen por ahí.

MAURICIO. Anda, déjalos que digan.

MARÍA. Y luego hay mas: mis buenos amos tienen otros motivos de disgusto. ¿Ya conoces al señorito Patricio, el hermano de la señorita Isabel?

MAURICIO. ¡Toma! El hijo del señor Roberto Dillon.

MARÍA. El mismo: muy buen muchacho.

MAURICIO. Y que sabe mas que un doctor.

MARÍA. Yo lo creo, es la esperanza de la familia.

MAURICIO. Y bien, ¿qué le ha sucedido?

MARÍA. No se sabe nada.

MAURICIO. ¡Oiga!

MARÍA. Ya te acuerdas de que él era siempre un poco triston... melancólico... pero eso no valia nada: ¡con todo y con eso era tan amable con toda la familia! Pues bien, Mauricio, el señorito Patricio está desconocido.

MAURICIO. ¡Bah!

MARÍA. Lo que oyes. Desde que ha hecho amistad con un tal Dermod, un amigote del lord diputado, muy mal hombre, estoy segura de ello, porque su misma cara lo dice, es otro enteramente: yo, de buena gana creeria que lo ha hechizado, Dios me lo perdone.

MAURICIO. ¿Hechizado?

MARÍA. ¡Vaya!

MAURICIO. ¡Bien podia ser! Ya se han visto casos...

MARÍA. Figúrate tú que no come ni bebe...

MAURICIO. ¡Ay! de fijo. ¡Qué flaco debe estar!

MARÍA. En cuanto amanece sale de casa, y cuando vuelve se encierra. Siempre está triste, con una cara... Da miedo. Ya te puedes figurar cómo estará toda la familia; desconsolada. Darian cuanto poseen por averiguar lo que tiene.

MAURICIO. ¡Caramba! Si estuviera hechizado...

MARÍA. Yo, malhaya si no creo que son cosas de ese maldito señor Dermod. ¡Pícaron! La prueba es que el siempre anda escondiéndose para ver al señorito, temiendo encontrarle con alguno de la familia; y luego ¡tiene una cara de misterio y de mala intencion!... (*Dermod baja de la montaña, y viendo la verja abierta, entra y se adelanta lentamente con cierta zozobra.*)

ESCENA IV.

Dichos, DERMOD.

(*María prosigue hablando sin ver á Dermod.*)

MARÍA. Mira, como soy me alegraria de que vieses al tal camandulon, con su mirar torvo, con su boca torcida, que parece que siempre se está riendo, con sus cortesías hasta el suelo, y en fin, con su facha de condenado y de...

DERMOD. (*Deteniéndose á algunos pasos de María, y saludando en voz baja y con cierta dulzura afectada.*) ¡Buenos dias, hija mia!

MARÍA. (*Volviéndose.*) ¡Ay!

DERMOD. ¿Qué os eso, María? ¿Me teneis miedo? Pues creed que la pureza de mis designios...

MARÍA. ¿Miedo? Sí, señor, algo hay de eso.

MAURICIO. (*Observándole.*) María, ¿es este tu Dermod?

MARÍA. Sí; mírale bien.

Mauricio. Le he conocido solo con verle.

Dermod. ¿Se puede ver á vuestro señorito?

María. Señor, yo no sé. Si quereis entrar en casa...

Dermod. No, yo... yo... prefiero aguardarle aquí. Tened solamente la bondad de decirle que su amigo Dermod se ha prestado á sus deseos.

María. ¡Ah, es el señorito el que os busca! Voy á decirle que estais aquí.

Mauricio. (*Aparte.*) ¡Y es verdad que tiene cara de pícaro!

María. (*A Mauricio.*) Ven, Mauricio, ven: no quiero que te quedes solo con ese hombre.

Mauricio. ¡Caramba! no, no: ¡Dios me libre! (*Coge su envoltorio y su baston, y se entra con María en la casa.*)

ESCENA V.

Dermod.

El jóven Dillon me ha enviado á llamar: esto es bueno. ¿Tendrá por fin el valor, ó bien la debilidad de ceder á las lágrimas de Hortensia, á los deseos de su familia, que obra sin saberlo por mis mismas sugestiones, y en fin, á mi ascendiente? Sí: ya hace demasiado tiempo que lucha consigo mismo: llegó el momento de sucumbir: no ha sabido sofocar su amor, y su amor triunfará: Dillon renegará de su religion: estoy demasiado interesado en ello para abandonar en estos momentos la victoria. Se lo he prometido al lord diputado, y he presenciado yo mismo su gozo. ¡Qué triunfo para el si pudiese, gracias á mis esfuerzos, atribuirse á los ojos del gobierno y de todo Dublin la separacion de la religion católica del hijo de la principal familia de la ciudad, de la única rica que ha podido resistir á las persecuciones! ¡Ah! este seria un golpe mortal para la familia de Dillon, la venganza mas segura y mas cruel que puedo tomar de ella. ¡Inflexible anciano! ¡Cuán léjos estás de sospechar que al cumplir con tu obligacion, al denunciar ante los síndicos á aquel mercader estranjero que mantenia relaciones con el famoso pirata escocés, al hacerle espulsar ignominiosamente de este pueblo, solo recayó sobre mí el efecto de esta medida; que aquel hombre no era sino mi agente secreto, y que por consiguiente me has cortado la fortuna mas rápida! ¡Ah! tu celo te costará bien caro. No hay enemigo despreciable. Yo te arrebataré á tu mismo hijo, yo consumaré tu desesperacion, y ¡ay de tí si llego á encontrar una coyuntura, un pretesto para acusarte! Pero alguien se acerca: ¡ah! es el jóven Dillon.

ESCENA VI.

Dermod, Patricio.

(*Patricio se acerca lentamente con ademan triste y meditabundo.*)

Dermod. (*Aparte, observándole.*) ¿Qué significa ese aire taciturno y abatido? ¿Si me habré lisonjeado demasiado pronto? (*Alto, cogiendo la mano á Patricio.*) ¡Vaya! Querido amigo, aquí estoy ya: me habeis enviado á llamar. ¿Os habeis decidido ya á ceder?... ¿Llegó el caso de dejaros en los brazos de una familia que os ofrece la mujer mas amable y mas hermosa de?...

Patricio. Dermod, os agradezco el interés que tomais por mi suerte; pero, ya lo sabeis, la fortuna no es para mí: si alguna vez acaso llego á entrever la menor vislumbre de felicidad, solo se me presenta rodeada de escollos y de precipicios, de obstáculos insuperables. ¡Ah! ¡Qué de esfuerzos he hecho desde los primeros años de mi juventud para lograr algun dia esa dicha que no puedo comprar sino á costa del honor! Conmovido al oir las hazañas de nuestros guerreros, la gloria me deslumbró, y sentí en mi interior el valor de los héroes. Una preocupacion funesta, la diferencia de religion, que nos hace á los católicos de Irlanda viles esclavos de los reformados de Inglaterra, me obstruyó la carrera de las armas. Indignado de tan escandalosa injusticia, volví mis ojos hácia ese arte sublime, tal vez mas poderoso que aquellas, hácia esa elocuencia noble y enérgica que resuena desde el foro en todos los estremos del universo, que truena contra el error, que persigue el vicio, y que combate la mentira á fuerza de luminosas verdades. La misma preocupacion me arrojó con brazo de hierro del santuario de las leyes. Siempre, siempre la misma preocupacion viene á cerrarme todas las puertas. Mi corazon se ha exasperado, y he llegado á aborrecer una existencia, de que no puedo hacer el uso que me dicta mi albedrío. Los hombres han llegado á serme odiosos, y yo mismo no sé á qué estremo me hubieran podido conducir mi abatimiento y mi desesperacion, cuando el amor vino de repente á llenar mi alma de un fuego nuevo para mí; creí hallarme trasportado á otro universo: Hortensia fué el ídolo de mis pensamientos, el principio de mi vida. ¡Ah! Conocí, no sin estremecerme, que esta pasion terrible iba en fin á decidir de mi suerte.

Dermod. ¡Ah! Y por esta vez no hallasteis oposicion; Hortensia os adora.

Patricio. Sí; ¡pero tambien se ha levantado entre nosotros esa barrera fatal! ¡Sé perjuro, me dicen, y serás dichoso! ¡Como si pudiese aspirar á la dicha quien no se estima á sí mismo, quien no posee el aprecio de sus semejantes!

Dermod. Querido amigo, ¿llamais perjurio al abrir los ojos á la luz de la verdad, el?...

Patricio. ¡Silencio! Dermod, respetemos mutuamente lo que nuestros padres han respetado. Si uno de nosotros gime en el error, solo Dios puede juzgar nuestra causa.

Dermod. (*Algo cortado.*) ¿Con qué objeto, pues, me habeis llamado?

Patricio. Ya sabeis que la familia de Hortensia me ha prohibido la entrada en su casa.

Dermod. ¿Cómo? Ella os abre los brazos; vos sois el que os negais...

Patricio. Dermod, ¡todavía no desespero! No, el padre de Hortensia no puede desear mi muerte ni la desgracia de su hija: amigo mio, vos, que llevado de la piedad os ofreceis á servirme de intérprete, en nombre de la amistad entregad sin demora esta carta al padre de mi querida. (*Se la da.*) Ahí va mi última esperanza. Si rehusa mis proposiciones, no hay remedio para vuestro amigo.

Dermod. ¿Qué le prometeis para lograr la mano de su hija?

Patricio. Prometo, juro respetar la creencia de mi esposa, y respondo de que mis parientes participarán de mis sentimientos para con ella.

Dermod. ¿Lo exigis, amigo mio? ¡Ah, cuánto mas fácil seria y mas seguro!...

PATRICIO. Por Dios, Dermod, dispensadme mi flaqueza.

DERMOD. (*Aparte.*) Cederá, cederá: dejemos obrar al amor. (*Alto.*) Voy á ver á Hortensia y á su padre: ¿dónde nos veremos?

PATRICIO. En este mismo jardin.

DERMOD. (*Sorprendido.*) ¡Aquí!

PATRICIO. Mi padre espera de un momento á otro á un amigo íntimo de toda la familia. Eduardo acaba de llegar, y yo no puedo separarme de aquí.

DERMOD. Basta: antes de una hora estaré de vuelta. (*Se oye ruido.*) ¿Qué es eso?

PATRICIO. Es mi familia: retiraos. ¡Ah! Si mi padre llegase á saber mi flaqueza... Adios, adios, amigo mio; en vuestras manos encomiendo mi esperanza y mi vida. (*Dermod sale por la verja y sube á la muralla.*) Evitemos las miradas de mi padre, sobre todo las lágrimas de mi madre. Ocultémosles mis padecimientos. ¡Aquí están! ¿Dónde me esconderé? ¡Ah! entraré en este pabellon... No puedo soportar ya ni su ternura ni su enojo. (*Entra en el pabellon, y Dermod desaparece á lo léjos en el instante mismo en que sale la familia de Dillon de la casa.*)

ESCENA VII.

DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARÍA.

ANA. (*A su marido.*) Ya lo ves, esposo mio, nuestro hijo huye de nosotros.

ISABEL. Pero, madre mia, ¿qué tiene?

ANA. Isabel, tanto tu padre como yo lo ignoramos absolutamente.

MARÍA. ¡Señor Dillon, señor Dillon! Mirad allá abajo al señor Dermod, ¡ese malvado que vuelve loco á nuestro señorito!

DILLON. María, te prohibo que hables en esos términos de un hombre á quien apenas conocemos, y á quien mi hijo trata como amigo. ¿Por qué has de suponer en él el designio de perturbar la tranquilidad de una familia de que no puede tener queja?

ANA. Verdad es: pero confieso que esa amistad tan estraña...

DILLON. Me da que pensar, lo confieso: sin embargo, puede ser inocente, y es una injusticia acusar á nadie sin datos... Querida Ana, tratemos de volver á nuestro hijo al seno de unos padres que le adoran por medio de la indulgencia y de la ternura. Pocas reconvenciones sobre todo: es preciso no exasperar un corazon que parece tan próximo á cerrarse á los dulces sentimientos de la naturaleza.

ISABEL. No lo creais, padre mio; nunca ha dejado mi hermano de quereros.

JORGE. Si el amo quisiera hablar á su hijo, yo iria á mandarle...

DILLON. No, Jorge; ¡nada, nada de órdenes! Creeria comparecer delante de un juez. Esperemos que él venga á hablar á su padre: la llegada de Eduardo torna la esperanza á mi corazon afligido: la tierna amistad que le une con mi hijo tendrá tal vez mas imperio sobre él...

ISABEL. Sí, yo os lo aseguro: ya sabeis que Eduardo me da gusto en todo. Pues bien, yo le diré que es preciso que indague la causa de la tristeza de Patricio, y que le restituya á su familia si quiere verme feliz.

ANA. ¡Isabel! (*A su esposo.*) Roberto, no perdamos las esperanzas.

ISABEL. Decis bien; recobremos la alegría para recibir á Eduardo.

MARÍA. Tiene razon la señorita, todo saldrá bien.

JORGE. ¡Ah! en cuanto á eso de recibir al novio de nuestra señorita, creo que tendremos funcion, algo de baile, y...

ISABEL. Sí, madre mia, sí; ¡cuán agradable me seria sorprenderle!

JORGE. Se puede convidar á los amigos de la casa.

ISABEL. Sí, para un baile. (*Cortada.*) Digo, si mamá lo permite.

ANA. Disponlo tú, querida Isabel; por hoy te cedo toda mi autoridad.

ISABEL. ¿De veras? Pues bien, ya vereis el uso que hago de ella. María, Jorge, Mauricio, vamos, pronto, escuchadme todos; voy á daros mis órdenes.

JORGE, MARÍA *y* MAURICIO. Aquí estamos, señorita, aquí estamos. (*Rodean á Isabel, quien da á cada uno sus instrucciones.*)

ANA. (*A su marido.*) Y tú, ¿no saldrás al encuentro de Eduardo?

DILLON. Ya tengo dadas mis órdenes con esa misma intencion. Efectivamente, Eduardo no es ya un estraño para nosotros; ya es uno de nuestros hijos, y voy á buscarle para traerle á tus brazos.

JORGE. Está entendido, señorita; nada se olvidará. En primer lugar, María va á disponer el cuarto del novio. En cuanto á Mauricio, puesto que él dice que le agrada mas, no hay mas que poner una cama, como de costumbre, en ese pequeño pabellon.

MAURICIO. ¡Toma! Es la habitacion del jardinero, y puede uno cantar por la madrugada sin miedo de despertar á nadie.

JORGE. En primer lugar, vuelo á convidar á la fiesta á todos los amigos de la casa, sobre todo á los mas jóvenes, puesto que se trata de bailar. En cuanto á los preparativos de la funcion...

ISABEL. De todo lo demás yo me encargo con María y Mauricio.

UN CRIADO. Señor, los caballos están prontos.

ISABEL. ¡Hola! Padre mio, ¿vais á buscar á Eduardo?

DILLON. Sí, querida Isabel. ¿Qué? ¡ya estás toda turbada! Vamos, no pierdas tiempo, da tus disposiciones para la funcion. Hasta despues.

JORGE. (*A quien María trae su baston y su sombrero, mientras que un criado trae los suyos á Dillon.*) Vamos, vamos, no hay que perder tiempo.

ISABEL. ¡Cómo me palpita el corazon! (*Dillon abraza á su hija, saluda á su mujer, y sale con Jorge y el criado. María y Mauricio se llevan á Isabel, que parece estar conmovida; Ana Dillon los deja salir, y vuelve sus miradas hácia el pabellon.*)

ESCENA VIII.

ANA, *poco despues* PATRICIO.

ANA. ¡Preciosa Isabel! Al menos esa es feliz. ¡Ah! Si pudiera decir otro tanto de tu hermano... Está solo en el pabellon. Su padre teme preguntarle: tiene razon, y apruebo su modo de pensar; pero una madre no puede en ningun caso exasperar á un hijo: si lo llamase, ahora que todos están léjos... (*Mira si alguien viene. En el interin sale Patricio del pabellon, y cruza la escena como para entrarse en la casa.*)

Patricio. *Viendo á su madre, y deteniéndose.)* ¡Dios mio, mi madre!

Ana. *(Volviéndose.)* Aquí está. *(Patricio parece titubear, y despues hace un movimiento para alejarse.)* ¡Hijo mio! *(Se detiene, y parece no atreverse á llegar.)* ¿Ya no conoce mi hijo á su madre?

Patricio. ¡Ah, madre mia! *(Cae de rodillas, cubriendo de besos sus manos.)* Perdonadme, soy culpable, soy muy culpable: ¡sé cuántas penas os causa mi conducta! No merezco vuestro cariño: soy acreedor al enojo de mi padre: son justas todas vuestras reconvenciones: nunca serán tan grandes como las que me hace mi propio corazon.

Ana. ¡Cruel! Tu padre no está irritado; yo no te dirigiré otras reconvenciones que estas lágrimas que se escapan de mis ojos: pero tú has llenado de amargura el corazon de tus padres: eras su única esperanza, y ya se ha desaparecido.

Patricio. ¡Ah! Tampoco yo tengo ya ninguna. Madre mia, Isabel no es culpable; no ha aciharado como yo vuestra felicidad. Apartad de un desgraciado vuestros ojos afligidos, y depositad en mi hermana sola todo el amor que repartis en el dia entre los dos.

Ana. ¿Es decir que no tiene á tus ojos precio alguno el cariño de una madre?

Patricio. ¿No tiene precio? ¡Madre mia! ¿Habeis conocido mi corazon, y podeis acusarle de tan cruel indiferencia? Soy un monstruo, yo que hago correr vuestras lágrimas, y sin embargo daria mi vida por enjugarlas.

Ana. ¿Será cierto, hijo mio?

Patricio. Si mi padre supiera cuánto le respeto, si supiese cuán encima del vulgo de los hombres le elevan á mis ojos su bondad y su virtud... Sin embargo, me cree un hijo desnaturalizado, y este corazon lleno de amor no sabe inspirarle mas que odio.

Ana. ¡Dios mio, qué idea tan cruel! ¿Nosotros aborrecerte? Mira á tu madre; contempla estas facciones alteradas por el dolor, estos ojos de tres meses á esta parte siempre llenos de lágrimas. Llega tu corazon al seno que te ha criado, y pregúntate á ti mismo si puedo aborrecerte.

Patricio. ¡Cómo! ¿Mi conducta culpable no ha apurado todavia todo vuestro amor?

Ana. Nunca, nunca: el amor de una madre no conoce término. *(Patricio se inclina sobre la mano de su madre, y la besa con entusiasmo.)* Sí, hijo mio, sí: te amamos siempre, te amamos tal vez mas, y padecemos como tú con tus penas. ¡Pero cuánto menos amargas nos parecerian si te determinases á descubrirnos la causa de ellas! Oyeme: ahora estamos solos, nadie puede oirnos: yo guardaré tu secreto, si quieres ocultárselo á tu padre.

Patricio. ¡Santo cielo! ¿Qué exigis de mí?

Ana. ¿Tienes de nosotros alguna queja?

Patricio. ¡Dios mio, tanta bondad me abruma!

Ana. ¿Estás descontento con tu estado presente?

Patricio. ¡Mi estado! ¡Os suplico no trateis de penetrar en mi corazon! Yo os prometo que dentro de poco el triste espectáculo de mi dolor dejará de apesadumbraros: sí, mi suerte se va á cambiar, y hoy mismo.

Ana. ¿Qué quieres decir? Hoy mismo, ¿qué?...

Patricio. Hoy se acabarán mis penas. *(Ana le mira con inquietud. Patricio oculta el rostro volviéndose.)*

Ana. ¡Se acabarán tus penas, hijo mio! *Se arroja en sus brazos, y le estrecha contra su pecho. Sale Isabel.)*

ESCENA IX.

Ana, Patricio, Isabel.

Isabel. *(Alegremente.)* ¡Mamá, mamá! Venid á ver... *(Repara en su hermano y se detiene.)* ¡Ah! Estais con mi hermano. *(Poniéndose entre los dos.)* Parece que estais conmovida, ¡y él tambien! ¿Os ha confesado la causa de su tristeza?

Ana. No, hija mia: ó se cree tu hermano demasiado culpable, ó no conoce el corazon de sus padres.

Isabel. ¿Qué decis? Esas reconvenciones van á aumentar su afliccion. *(A su hermano.)* ¿Sabes que ha llegado Eduardo?

Patricio. Sí, Isabel, y participo en esta ocasion de tu alegría.

Isabel. Estamos disponiendo una funcion: espero que no nos dejarás hoy... ¡Oh! Yo te lo suplico por Eduardo y por mí.

Patricio. ¡Por tí! Sí, Isabel, me quedaré: seré testigo de tu felicidad y de la de mi tierna madre.

Isabel. *(A su madre.)* ¿Lo veis? Cede á una sola palabra que le he dicho. Pero venid, venid, porque aunque me habeis cedido hoy toda vuestra autoridad, aun haceis falta para disponer una porcion de cosas.

Ana. *(A Patricio.)* Hijo mio, nada exijo de tí; pero ten compasion de tu padre: ocúltale tu pena, ó descúbrele la causa francamente. *(Se entra con Isabel en la casa. Se ve á Dermod venir hácia el jardin.)*

ESCENA X.

Patricio, Dermod.

Patricio. Mi madre tiene razon; ya es tiempo de poner término á mis pesares: pero ¿cómo revelar la causa? ¡Oh! si el padre de Hortensia consintiese... Entonces se lo confesaria todo á mi padre. Pero si es preciso renegar... *(Dermod entra.)* ¡Cielos! Entonces ya está decidida mi suerte.

Dermod. *(Lentamente.)* ¡Solo está! Vamos, es preciso triunfar.

Patricio. No me atrevo á preguntarle...

Dermod. Amigo mio, os traigo temblando la respuesta que yo temia.

Patricio. ¿Rehusan mis ofertas?

Dermod. En cuanto llegué, toda la familia se reunió, y el temor y la impaciencia estaban pintados en las miradas que todos me dirigian. Saqué la carta fatal, y faltándome el ánimo para hablar, la entregué silenciosamente á su padre. Disculpadme si no entro en los pormenores de una escena harto dolorosa: la conmocion que siento todavia os dice lo bastante.

Patricio. ¿Con que no hay esperanzas?

Dermod. ¡Ninguna! Hortensia, abandonada al sentimiento, se ha decidido á ocultarse en un retiro: allí perecerán sin duda víctimas del dolor su juventud y su hermosura, y desaparecerán para siempre á los ojos de los hombres.

Patricio. *(En la mayor desesperacion.)* ¡Hortensia, Hortensia!

Dermod. *(Con enérgia.)* ¡Desdichado! ¿Y habeis de ser vos mismo su verdugo? En la flor de su juventud, adornada de todas las gracias, ardiendo por vos en el mas fino amor, la llevareis á la tumba vos mismo con vuestras

propias manos! No, nunca ha podido ella creerlo; ¡su corazon, su mismo amor la impiden acusaros de tanta crueldad! sus miradas me lo decian al separarme de ella, y en fin, ¡yo mismo quiero ver cómo os atreveréis á llevar á cabo tan horrendo crimen! Dejemos á otros corazones mas insensibles enredarse en vanas discusiones; yo apelo de vos mismo á vuestra propia conciencia, á la voz de la naturaleza, que resuena ya en vuestra alma. ¿Os manda Dios que inmoleis sin piedad á la criatura mas perfecta? ¿Manda que bajeis los dos al sepulcro en lo mejor de vuestra vida? ¿Y cuándo? ¡Ah! Amigo mio, ¿no conoceis que ese sentimiento que llena vuestra alma, si no os decidis, amargará vuestra existencia? Triunfad de vuestro terror, ceded á su imperio. Venid, venid á restituir la felicidad á una familia desesperada, venid á contemplar vos mismo aquella víctima sensible que muere si la abandonais, y á quien una sola palabra vuestra puede salvar todavía de la tumba que la espera, y muy en breve... Venid. (*Procura arrastrarle.*)

PATRICIO. ¡Ah! ¿Qué es lo que mandais?

DERMOD. Que sigais los impulsos de vuestro corazon.

PATRICIO. ¡Mi corazon! Si me atreviese á seguirlos, ya estaria á los piés de Hortensia; pero ¡abjurar! Dios mio, ¿con qué cara se lo confesaré á mi padre? ¿Cómo arrostrar sus miradas, su indignacion tal vez? Amigo mio, nunca, nunca me atreveré.

DERMOD. ¿Nunca os atreveréis? Basta: ya he leido en vuestro corazon... Acabais de dar vos mismo vuestro consentimiento; á la amistad toca ahora concluir lo que empezó el amor.

PATRICIO. ¿Qué decis?

DERMOD. Si, ya os comprendo: temeis el escándalo, no quereis afligir á vuestro padre, vacilais entre el amor y la naturaleza; enhorabuena, el cielo me inspira un medio para conciliar todos vuestros deberes. Esta noche, con el mayor silencio, con el mas profundo secreto, sin pompa, sin testigos, nos reuniremos en el templo inmediato...

PATRICIO. ¡Ah!

DERMOD. Nadie lo sabrá. Vuestra misma esposa, satisfecha y tranquila, favorecerá nuestro misterio. Ya dichoso, cesareis de afligir á vuestra familia, y renacerá para todos la felicidad. ¿Cómo? ¿Aun vacilais? ¿Temblais?

PATRICIO. ¡Cruel!

DERMOD. Acordaos del dolor de Hortensia, de su amor... Reflexionad que tal vez espirante...

PATRICIO. Basta, basta, Dermod; Hortensia triunfó: corred, volad, no me deis tiempo para avergonzarme de mi mismo. (*Cae abrumado sobre un banco del jardin á la izquierda.*)

DERMOD. (*Aparte.*) ¡Triunfé! (*Alto.*) Vuelo á llevar á vuestra querida la prenda de su felicidad. (*Aparte.*) Vamos á disponerlo todo para la ceremonia! ¡Mañana todo Dublin sabrá mi victoria! (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA XI.

PATRICIO.

¡Santo Dios! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Al fin he consentido? No, no; ¡no abuseis de mi enajenamiento, Dermod! (*Se levanta y le busca.*) ¡Dermod! ¡Cielos, marchó ya! Corramos... ¿Qué he de decirle? ¿Yo, yo he prometido ser apóstata? ¡Jamás! Padre mio, vos me perdonariais, lo sé, pero vuestro corazon quedaria despedazado. ¡Ah! ¿Y quiero menos á Hortensia? ¿He de sacrificarla? ¡Mi desgracia ha llegado ya al colmo! De cualquier manera he de ser un bárbaro... ¿Yo perjuro? Tal vez está ya Dermod en el templo, y mañana... ¡Qué escándalo! ¿Dónde huiré? ¿Dónde me esconderé? La muerte, solo la muerte... (*Reflexionando.*) Si, la muerte ya hace tiempo que me reclama como su víctima; ¡debo morir! (*Ruido fuera y en la casa.*) ¿Dónde estoy? ¿Qué ruido es este? ¡A mi, á mi me buscan sin duda para abrumarme con sus reconvenciones, para llamarme perjuro! (*Llega hácia la verja para salir.*) ¡Huyamos! ¡Dios mio, mi padre! (*Retrocede hácia la escena, y se detiene espantado; Dillon, Eduardo y algunos criados entran por la verja; Ana, Isabel, María y Mauricio vienen de la casa.*)

ESCENA XII.

DILLON, ANA, EDUARDO, PATRICIO, ISABEL, MARÍA, MAURICIO, *algunos criados, despues* JORGE.

(*María y Mauricio vienen, llegan los primeros y miran por la verja.*)

MAURICIO. Ahí está, señora, ahí está; él es.

EDUARDO. (*Corriendo á Ana, y besándole la mano.*) Señora, permitidme que os dé el dulce nombre de madre.

ANA. (*Cogiendo la mano de Isabel y presentándola á Eduardo.*) Si, querido Eduardo. Isabel y sus padres os dan ese derecho.

EDUARDO. ¡Adorada Isabel! ¿Con que es cierto?...

ISABEL. Eduardo, yo siempre he creido todo lo que dice mi madre. (*Patricio está sumergido en su dolor; Ana lo observa.*)

MAURICIO. (*A María.*) ¡Qué bien mandada es!

MARÍA. ¡Toma! Todas las chicas lo son cuando se trata de eso.

DILLON. (*Cogiendo la mano de su hijo.*) Hijo mio... (*Patricio se estremece y trata de serenarse.*) ¿No abrazas á Eduardo, tu amigo, tu hermano dentro de poco?

PATRICIO. Si, padre mio. (*Alzando la voz.*) ¡Querido Eduardo!

EDUARDO. ¡Caro amigo! (*Se abrazan.*)

ANA. (*A su marido.*) Su corazon es el mismo.

PATRICIO. (*Con tristeza.*) Vas á enlazarte con mi hermana... Mis padres te quieren... Eduardo, ¡sé para ellos un verdadero hijo! La felicidad de Isabel y de toda mi familia es mi primer deseo. (*Entra Jorge sofocado y sudando.*)

MARÍA. Ya está aquí mi padre. (*Coge su sombrero y su baston.*)

JORGE. Todas las personas que la señorita me ha enviado á convidar van á ir llegando casi detrás de mi para dar la enhorabuena á la novia: ¿dónde se las recibirá?

ISABEL. Aquí, aquí mismo: todo lo tengo dispuesto ya para la funcion. (*Patricio se ha alejado á la llegada de Jorge: su misma agitacion le hace vacilar, y se apoya contra un árbol.*)

ANA. (*Que le observa.*) ¡Santo Dios! (*Corre hacia él.*) Hijo mio, ¿qué tienes? (*Todos se acercan y le miran inquietos.*)

PATRICIO. Madre mia, no os asusteis... No puedo negarlo: padezco demasiado; un fuego estraño me devora y me consume... Permitidme que me aleje... Yo perturbaria la funcion de mi hermana.

ANA. ¿Funcion? ¿Puede haberla para tu madre?

PATRICIO. ¡Adios, padre mio! ¡Permitidme que bese vues-

tras plantas antes de dejaros! (*Se arroja á sus piés.*)

DILLON. (*Levantándole.*) ¿Qué haces? Nunca tus padres te han cerrado su corazon.

PATRICIO. ¿Me perdonais?

DILLON. Patricio, aquí todos te queremos: tú solo eres el que... (*Ana le hace señal para que no le diga ninguna palabra demasiado áspera.*)

ISABEL. (*A Jorge.*) Ya me pesa haber pensado en esta diversion.

JORGE. Pues ya está aquí la gente.

PATRICIO. ¡Adios, Isabel! Eduardo, ¡consuela á mis padres! (*Se aleja rápidamente.*)

ANA. Jorge, sigue á mi hijo, observa todas sus acciones, y no te apartes de él.

JORGE. No tengais cuidado, señora; os avisaré si sucediese cualquier cosa. (*Se ve ir llegando la gente para el baile por diversas partes.*)

ESCENA XIII.

ANA, ISABEL, DILLON, EDUARDO, MARÍA, MAURICIO, *criados, toda la sociedad, y despues* JORGE.

(*Los criados traen sillas, que colocan á los dos lados, mientras que la gente va entrando y saluda á la familia de Dillon y á Eduardo. Todo el mundo se coloca. Baile, etc. En el último término, en el momento en que concluye, se ve á Jorge que vuelve de fuera, y Ana sale á su encuentro.*)

ANA. Y bien, Jorge, ¿qué hace mi hijo?

JORGE. Tranquilizaos, señora; está mucho mejor, y al parecer mas sereno: ha escrito, con bastante agitacion, una carta que debe ser muy corta, segun lo poco que ha tardado en escribirla.

ANA. ¿Una carta? ¿A quién?

JORGE. Lo ignoro, porque se ha empeñado en salir él mismo para entregarla á un mozo. En seguida se ha entrado en su cuarto, como de costumbre, y me ha suplicado que le dejase solo, porque tenia gana de descansar.

DILLON. ¡Estraña conducta! Esa carta debe encerrar algun arcano.

EDUARDO. Espero que consigamos aclarar ese misterio. (*Durante este tiempo la sociedad se dispone para retirarse.*)

DILLON. Jorge, saca luces. (*Se quitan los asientos; varios criados sacan hachones de viento; la sociedad se retira despues de los cumplimientos de costumbre, y un lacayo alumbra cada grupo con un hachon; toda la familia de Dillon acompaña hasta fuera de la verja á los concurrentes mas íntimos, que salen los últimos, hasta perderse de vista por entre los árboles. Jorge, Mauricio y María salen tambien, hasta la verja, desde donde ven pasar los diversos grupos. Mientras que todos están á esta distancia; sale Patricio furtivamente de la casa en un desórden moral estraordinario.*)

ESCENA XIV.

PATRICIO, *solo en el jardin; las demás personas fuera de la verja.*

Cesó el ruido del baile: todo el mundo se ha marchado; la oscuridad es profunda; vamos, prevengamos la deshonra... Todo lo he previsto: allí... (*Señalando al pabellon.*) Sí, allí será... No tendré testigos... No perturbaré el descanso de mi padre... Mañana... Es preciso... Vamos... Que no me encuentre ya Dermod á su regreso... Gente viene: ¡mi familia! (*Subiendo al pabellon.*) ¡Padre mio! ¡Querida madre! Adios... Para siempre... ¡Adios! (*Entra en el pabellon.*)

ESCENA XV.

DILLON, ANA, ISABEL, EDUARDO, JORGE, MARÍA, MAURICIO.

JORGE. ¡Eh! Ya se marchó todo el mundo: ¡se va haciendo tarde!

MARÍA. (*Saliendo del vestíbulo.*) Todo está corriente en el cuarto del señor Eduardo.

DILLON. Vamos, hijos mios: entremos en casa: mañana la aurora alumbrará vuestros desposorios, y los vuestros tambien, amigos mios; y ese dia será completamente feliz, tanto para vosotros como para vuestras familias. Jorge, cierra todas las puertas.

JORGE. (*Con importancia.*) Es mi costumbre, señor Dillon; nunca me acuesto sin hacer antes mi visita general de todas las dependencias de la casa. (*Dillon aprieta amistosamente la mano de Eduardo, mientras que su mujer abraza á Isabel; Eduardo da la mano á Ana; á Isabel la acompaña su padre, y van entrando en la casa.*

ESCENA XVI.

JORGE, MARÍA, MAURICIO.

JORGE. Ahora bien, es preciso tratar de dar cama á este muchacho.

MAURICIO. ¡Oh! Por eso no os apureis, porque yo, si quereis, no me acostaré.

MARÍA. ¡Pues!

MAURICIO. Como soy, María; estoy tan contento y tan satisfecho... que estoy seguro de que no voy á dormir: con que así...

MARÍA. Cabalito; ¡para que amanezcas mañana con la cara tan larga, y con tantas ojeras!... Pues yo quiero que duermas.

JORGE. ¡Pardiez! Eso pronto está compuesto; no hay sino poner una cama.

MARÍA. Vos, padre, podeis ir cerrando las puertas, y entretanto yo haré lugar para ponerla en ese pabellon.

MAURICIO. Y yo voy contigo.

MARÍA. No es necesario.

JORGE. Vamos, despáchate... (*Mauricio quiere seguirla; se establece entre los dos una pequeña lucha para impedírselo.*) mientras que yo voy á buscar la llave grande para cerrar la verja. (*Entra en el vestíbulo de la casa, y María en el pabellon; Dermod baja de la muralla y se dirige hácia la verja.*)

MAURICIO. (*Solo.*) ¡Hola! ¿Quién pasa por allí? ¿No es un hombre? (*Se oyen gritos y ruido en el pabellon.*) ¿Que voces son estas? ¡San Jorge! ¿Qué será?

MARÍA. (*Sale del pabellon.*) ¡Ay! ¡Padre mio, padre mio!

JORGE *y* MAURICIO. ¿Qué es eso, qué es eso?

MARÍA. ¡Un hombre!... ¡Un hombre asesinado!

JORGE. ¡Un hombre asesinado!

MAURICIO. ¡Dios mio!

MARÍA. (*Señalando con espanto.*) Allí... Allí... (*Corre hácia la casa.*) Señor Dillon, socorro, socorro. (*Dermod se apresura á bajar hácia la verja. Jorge y Mauricio entran en el pabellon.*)

ESCENA XVII.

DERMOD, *que abre de repente la verja, pero no da un solo paso.*

¡Un hombre asesinado en la casa de mi enemigo! Observemos. (*Se queda junto á la verja. Jorge y Mauricio salen del pabellon. Casi al mismo tiempo acude corriendo toda la familia, Dillon detrás de María.*)

ESCENA XVIII.

DILLON, ANA, EDUARDO, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARÍA, DERMOD.

JORGE y MAURICIO. (*Salen dando un grito de espanto.*) ¡Ah!

JORGE. ¡Es el señorito!

DILLON. (*Precipitándose en el pabellon.*) ¡Un asesinato! ¡En mi casa!

JORGE. (*Oponiéndose al paso de Ana, que acude con Eduardo.*) ¡Ah, señora, no os acerqueis, yo os lo suplico!... ¡Retiraos!

ANA. ¿Yo no? ¿Por qué?

ISABEL. (*Llegando la última.*) Madre mia, madre mia, mi hermano no está en su cuarto.

ANA. (*A quien todos tratan de contener.*) ¡Mi hijo! ¡Ah! ¡Dejadme, dejadme! (*Corre hácia el pabellon, pero al llegar sale Dillon en un desórden espantoso. Al verle se detiene, y da un grito de horror adivinando su desgracia en los ojos de su esposo.*) ¡Ah! ¡Mi hijo ya no existe! (*Cae desmayada en los brazos de Jorge; Eduardo la sostiene.*)

ISABEL. (*Queriendo entrar.*) ¡Hermano mio! (*Corre hácia el pabellon; Dillon la contiene cogiéndola un brazo. Consternacion general. Dermod da algunos pasos, lo observa todo, y cae el telon al completarse este cuadro final.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un vestíbulo que da sobre un jardin, en el cual se ve el pabellon donde ha perecido el jóven Dillon. Se conoce que esta decoracion es correlativa á la primera, y que la puerta del fondo del vestíbulo es la misma cuya fachada esterior se ha visto en el primer acto. A derecha é izquierda, en los segundos y terceros bastidores, puertas de distintas habitaciones. Una lámpara de varios mecheros, colgada de la bóveda, alumbra todo el interior del vestíbulo; el esterior está sumergido en la oscuridad, ó solo iluminado por una luz azulada, efecto de la luna. Un sillon, un velador y una mesa.

ESCENA I.

DILLON, ANA, ISABEL, MARÍA.

(*Al levantarse el telon ya están todos en escena. Dillon en pié delante de una de las puertas laterales, y mirando con inquietud hácia el fondo, parece estar allí para impedir que entre nadie en el gabinete. Al otro lado Ana está tendida sobre un sillon, Isabel á sus piés, y María le da á oler vários espíritus que hay sobre el velador inmediato.*)

DILLON. Me estremece el mas leve ruido que interrumpe el silencio aumentando el horror de esta funesta noche. Si alguien desde la muralla ó desde las casas vecinas nos hubiese visto trasportar aquí el cuerpo de nuestro desgraciado hijo, ¡ah! ¡eramos perdidos! (*Ana hace un movimiento de espanto.*) ¡Silencio! (*Llegándose á ella.*) Querida esposa, y tú, hija mia, en nombre del cielo sofocad vuestros sollozos, ahogad los gritos de vuestro dolor; temblemos si inspiramos la menor sospecha. ¡Ah! ¿Ignorais que una ley severa condena á ser espuesto en un cadalso el cuerpo del infeliz que se ha suicidado?

ANA. (*Levantándose.*) ¿Es posible?

ISABEL. ¡Padre mio!

DILLON. Su cadáver sangriento es entregado al verdugo, ultrajado por un populacho bárbaro y furioso, arrastrado ignominiosamente, y arrojado lejos de la ciudad, privado además de la sepultura.

ANA. ¡Hijo mio!

DILLON. Salvemos á lo menos, salvemos de esos horrores los restos de nuestro hijo; ocultemos su muerte, y esforcémonos, por un esceso de amor, á triunfar de la naturaleza.

ANA. Si, si, esposo mio: ¡silencio! No lloremos mas. (*Procura contener las lágrimas.*)

MARÍA. ¡Pobre madre! ¡Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia! (*Jorge entra por el fondo con una linterna en la mano, da algunos pasos, se detiene, escucha, y parece lleno de temor.*)

ISABEL. Aquí está Jorge.

ESCENA II.

Dichos, JORGE.

DILLON. ¿Y bien, Jorge?

JORGE. Ya son las dos; no metais ruido; en medio del silencio de la noche, el menor movimiento podria despertar á los vecinos. (*Deja su linterna en el suelo.*)

DILLON. ¿Pudo salir Eduardo sin ser visto?

JORGE. Si, señor. Lo primero que hice fué entreabrir con mucho tiento la puerta de la calle, y, tapando mi linterna, asegurarme de que no pasaba un alma al mismo tiempo. Entonces el señor Eduardo y Mauricio se fueron escurriendo á lo largo de la tapia; nadie puede haberlos visto. (*Ana é Isabel le miran con asombro.*)

MARÍA. (*A su padre.*) ¿A qué ha salido Mauricio?

JORGE. (*Enfadado.*) ¿A qué? A acompañar á su amo... ¡de noche!

ISABEL. ¡Eduardo nos ha dejado, padre mio!

ANA. ¡Y en unos momentos tan terribles!

DILLON. ¡Ah! no le culpeis; es un modelo de amistad: le he suplicado que fuese á verse con algun sacerdote de nuestro culto, y que acordase con él sigilosamente los medios de poder dar sepultura en secreto á nuestro hijo.

JORGE. Y para que el señor Eduardo y Mauricio puedan entrar sin tener que llamar, lo cual seria peligroso, he dado á cada uno una llave, y al volverme he apagado las luces y cerrado las ventanas de todas las piezas que dan á la calle: hasta ahora todo está tranquilo en el barrio. (*Aparte á Dillon.*) Querido amo, mientras que vuelve el señor Eduardo, os suplico que os alejeis de este sitio; la vista de ese gabinete es demasiado penosa para vos y para la señora.

DILLON. Para ella, si, Jorge; pero en cuanto á mí, yo debo..

JORGE. Nosotros nos quedarémos aquí; ¡María y yo cumplirémos con tan triste deber! ¡Obligad á las señoras á que hagan por descansar!

DILLON. (*A su mujer.*) Ana, Jorge me dice que seria mas prudente retirarnos á nuestra habitacion.

ANA. ¡Por Dios! Yo te lo suplico... ¡déjame al lado de mi

hijo! Demasiado pronto... (*Se dirige hácia el gabinete.*)

DILLON. (*Deteniéndola.*) No, querida esposa; ¡ese espectáculo es demasiado doloroso! (*Hace señas á los demás para que le ayuden.*) Isabel...

ISABEL. (*Cogiendo la mano de su madre.*) Os lo suplicamos, madre mia: venid, venid á vuestro aposento. (*Dillon é Isabel se llevan, no sin trabajo, á Ana; Jorge se une á ellos para obligarla á retirarse.*)

ESCENA III.

JORGE, MARÍA, *poco despues* MURICIO.

(*Luego que Ana, su marido y su hija se han enlazado, Jorge corre hácia el jardin, como si se le hubiera olvidado alguna cosa.*)

MARÍA. (*Corriendo detrás de él.*) ¡Padre, padre! ¡Ah! No, no os vayais á estas horas; no me dejeis sola.

JORGE. ¿Y por qué no? Es preciso ir á observar lo que pasa por fuera.

MARÍA. ¡Ay! No, no, padre mio: quedaos aqui, ó me voy yo con vos; ¡tengo tanto miedo!...

JORGE. Vamos, niña, es cosa de que... (*Alto.*) ¡Chito! (*Mauricio aparece en el fondo.*)

MARÍA. ¡Dios mio! ¿Qué es aquello?

MAURICIO. (*En el fondo.*) ¡Chis!

JORGE. ¿Eh?

MARÍA. ¡Llaman!

MAURICIO. (*A media voz.*) Señor Jorge, ¿estais por ahi?

MARÍA. ¡Ah! ¡Es Mauricio!

JORGE. ¡Mauricio!

MARÍA. Ven, ven... Aqui estamos.

JORGE. Y bien, Mauricio, ¿qué hace tu amo? ¿Qué noticias nos traes?

MAURICIO. Nada bueno, señor Jorge. ¡Si supierais!...

LOS DOS. ¿Qué?

MAURICIO. ¡Pobre señor Dillon! ¡Solo un milagro de la Providencia le puede salvar!

MARÍA. ¿Qué dices?

JORGE. ¿Qué? ¿Se sabe ya por la ciudad?...

MAURICIO. ¿Si se sabe, eh? ¡Canario! Todito... ¿Qué digo? ¡De otra cosa se trata, pardiez!

LOS DOS. ¿De qué?

MAURICIO. ¡No corre mas que una voz por todo Dublin! ¡Dicen que el muchacho ha sido asesinado!

LOS DOS. ¡Asesinado!

MAURICIO. Asesinado...

JORGE. Pues qué, ¿no hay mas que?... ¿Y por quién?

MARÍA. Si, ¿por quién?

MAURICIO. ¿Por quién, eh? Mientras tanto, ya conoceis que un asesinato cometido en una casa cerrada, de noche... Señor Jorge, ¡somos perdidos, somos perdidos! (*Se oye un rumor confuso y lejano.*)

MARÍA. ¡Ay, Dios mio!

JORGE. Parece que se oyen voces al rededor de casa. (*María corre á escuchar al fondo.*)

MAURICIO. ¡Llamemos al señor Dillon!

JORGE. Aguarda... ¿A qué alarmar todavia á todo el mundo?

MARÍA. (*Desde el fondo.*) Oigo gente correr por la calle. ¡Ah! ¡alguien entra!

JORGE *y* MAURICIO. ¡Entran!

MARÍA. Tranquilizaos... ¡Es el señor Eduardo!

JORGE. Ahora sabrémos... (*Eduardo entra precipitadamente.*)

ESCENA IV.

Dichos, EDUARDO.

EDUARDO. (*Con la mayor turbacion.*) ¡Jorge! ¡María! ¿Dónde está el señor Dillon?

MARÍA. Señor Eduardo, ¡qué cara tan asustada traeis!

EDUARDO. Os pregunto donde está vuestro amo.

MARÍA. En el cuarto de la señora con la señorita.

EDUARDO. ¿No sabe todavia?... No, ya lo veo. ¡Santo Dios! ¿Cómo le diré?...

JORGE. ¿Cómo, señor Eduardo, será cierto lo que acaba de decirnos Mauricio? ¿Se cree que el señorito ha sido muerto violentamente?

EDUARDO. Si, amigos. ¡Dichosos nosotros si no pasan las conjeturas que se forman de tan horrible suposicion! Pero acusar...

TODOS. ¿A quién?

EDUARDO. Amigos mios, vosotros teneis cariño á vuestro amo; si se viese en peligro de perder la vida, ¿hariais todo lo posible por salvarle?

MARÍA. Si, señor, si; todo lo arrostrariamos.

JORGE. ¡Mi amo en peligro!

EDUARDO. Pues bien: Jorge, María, es preciso ayudarme por todos los medios posibles.

JORGE. ¿Pero á qué?

EDUARDO. ¡No hay que perder tiempo! Tú, María, entra y procura con cautela sacar aqui á Isabel; es preciso que yo la hable.

MARÍA. Si, señor.

EDUARDO. Vos, Jorge, colocaos en la puerta de la calle: mucho me temo que haya un motin. Si el tropel se aumentase, avisadme.

JORGE. Entiendo.

EDUARDO. Tú, Mauricio, sal de casa, corre á las casas consistoriales, observa cuanto sucede, y vuelve á avisarme.

MAURICIO. Allá voy.

EDUARDO. Andad, amigos, andad; ¡quiera el cielo proteger mis designios! (*Los tres salen, Jorge y Mauricio por el fondo, y María por un lado.*)

ESCENA V.

EDUARDO.

¡Acusar á un padre de la muerte de su hijo! ¡Cruel prevencion!.. funesta y bárbara ignorancia, ¡estos son tus efectos! ¡Por ti los hombres, los hermanos, los hijos de un mismo Dios arden en el deseo de derramar su sangre! ¡Y hombres perversos, monstruos execrables provocan estos odios insensatos! ¡Y combatiendo con estas armas sacrílegas, encuentran cómplices que ensalcen sus delitos! ¡Desgraciado Dillon! Sesenta años de virtudes y una vida entera irreprensible no bastan á salvarte... Eres católico, ¡y una sola palabra te ha proscrito! (*María trae consigo á Isabel.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, MARÍA, ISABEL.

MARÍA. Si, señora, él es: el señor Eduardo es quien quiere hablaros.

ISABEL. ¡Eduardo!

EDUARDO. ¡Ah, querida Isabel!

ISABEL. Amigo mio, ¿por qué no entrais á ver á mi madre? ¡Os aguarda con tanta impaciencia! ¡Ah! Venid... Vos sois el único que podeis reanimar á mis padres é inspirarles algun valor.

EDUARDO. ¡Algun valor! ¡Ah, Isabel, cuánto necesitan! Estais muy lejos de figuraros la enormidad del peligro que amenaza á vuestro padre.

ISABEL. ¿A mi padre?

EDUARDO. Si los gritos de un populacho furioso no fuesen á instruiros dentro de poco de tan horrible verdad, os seria imposible creerme: yo mismo dudo aun si mis sentidos me han engañado. ¡Ah, Isabel, el odio es, el rencor sin duda quien busca, quien reclama una víctima, porque no está en la naturaleza el acusar á un padre del asesinato de su hijo!

ISABEL. ¡Cielos! ¿Qué decis?

MARÍA. ¿El señor Dillon?...

EDUARDO. ¡Isabel, la ternura de vuestra alma, la inocencia de vuestro corazon, vuestra juventud, y sobre todo la prudencia de vuestros padres, ha corrido hasta este dia un velo entre vos y las preocupaciones crueles de los hombres! ¿Nunca habeis sabido hasta qué estremo puede llevar la prevencion y la injusticia una imaginacion estraviada y privada de la luz de la verdadera religion? ¿Nunca os habeis figurado siquiera á qué injusticias puede arrastrar el error? ¡Os estremeceis! Sí, Isabel; se dice que vuestro hermano iba á mudar de religion, y acusan á vuestro padre de haberle inmolado.

ISABEL. ¡Santo Dios!

EDUARDO. Si, Dios... solo á Dios se puede invocar contra tan horrible suposicion.

ISABEL. ¡Un padre inmolar á su hijo! Eduardo, ¿es posible semejante crímen?

EDUARDO. No, Isabel.

ISABEL. Pues bien, mi padre se justificará.

EDUARDO. Es perdido si no conseguimos librarle de sus acusadores, de sus jueces, del populacho de esta ciudad. Yo he contado con vuestro cariño, con vuestro valor, con el imperio que os da el amor de vuestros padres, para salvarlos de la última desdicha.

ISABEL. Sí, Eduardo; hablad: ¿qué hay que hacer?

EDUARDO. Es preciso convencer á vuestro padre para que abandone su casa, que huya, que salga de Dublin.

ISABEL. ¿Durante la noche?

EDUARDO. Al momento; pero al mismo tiempo que unamos nuestros esfuerzos para llevarle lejos de aquí, respetemos el corazon de un padre; que no sepa nunca que se le acusa de un parricidio; no tendria valor para resistir á tan horrible acusacion.

ISABEL. ¡Oh! No, no, que lo ignore... ¡mi madre sobre todo! Eduardo, ¡cuanto me conmueve vuestro amor á mi familia!

EDUARDO. Vamos, Isabel, no perdamos un instante.

ISABEL. Venid. (*Van á entrarse en las habitaciones, pero de repente se oye una confusa vocería, y se detienen espantados.*)

EDUARDO é ISABEL. ¡Santo cielo! (*Jorge llega corriendo con el mayor espanto.*)

ESCENA VII.

Dichos, JORGE.

JORGE. ¡Ah! Señor Eduardo, somos perdidos.

EDUARDO. ¿Qué hay?

JORGE. La calle se llena de gente que se agolpa á nuestra puerta; todos hablan y se agitan. *Allí es... sí... no.. sí. señor... en casa del señor Dillon...* repiten mil voces confusas. En fin, todo anuncia una catástrofe, y no estrañaré que dentro de poco nos obliguen á abrir las puertas.

ISABEL. ¿Qué seria entónces de nosotros?

EDUARDO. No, no se atreverán antes de la venida de los magistrados; podemos aprovecharnos de ese mismo desórden; pero es preciso darnos prisa. (*Se oyen de repente grandes voces, y el ruido de varios vidrios rotos como á pedradas. Todos dan un grito de espanto.*)

EDUARDO. Isabel, por Dios, conservad vuestro valor. Yo corro á... (*Se oye ruido tambien en las habitaciones.*)

ISABEL. (*Deteniendo á Eduardo.*) Deteneos. (*Dillon y su mujer entran precipitadamente.*)

ESCENA VIII.

Dichos, DILLON, ANA.

DILLON. ¡Santo Dios! ¿Qué tumulto es ese?

ANA. (*Corriendo hácia Isabel.*) ¡Hija mia!

EDUARDO. (*Precipitándose hácia Dillon, que al parecer quiere salir.*) Deteneos; que no os vean.

DILLON y ANA. ¡Eduardo!

EDUARDO é ISABEL. ¡Silencio!

JORGE. ¡Querido amo! Somos perdidos.

ANA. (*A su esposo.*) Roberto, no entregues á nuestro hijo.

DILLON. Entregar á mi hijo, ¡nunca! (*Se oyen golpes fuertes afuera.*)

MARÍA. (*Entrando.*) Señor, señor, quieren echar las puertas abajo, quieren romper las ventanas. (*Se oyen gritos del populacho. El espanto de la familia de Dillon llega á su colmo; cada cual parece buscar un medio de salvarse. De repente suena un estrépito espantoso de ventanas forzadas y vidrieras hechas pedazos. Todos dan un grito de horror. Ana se arroja en los brazos de su esposo; Isabel se ampara de Eduardo; María cae sobre una silla; Jorge permanece en el fondo. Momentos de silencio. Todos escuchan con la mayor zozobra: el ruido va disminuyendo.*)

JORGE. Parece que se alejan. (*Se oye el ruido de las armas de los soldados, que se suponen llegar hasta la puerta y dispersar la multitud. María se levanta y se acerca á su padre.*)

MARÍA. (*Escuchando.*) Sí, sí; tranquilizaos, señor: oigo pisadas que parecen de soldados.

TODOS. ¡Soldados!

MARÍA. Sí... Y una voz ha gritado, *retiraos*... (*Escucha.*) Sí... *retiraos* dicen.

DILLON. Ya no hay remedio; es pública nuestra desgracia. Eduardo, ¿habeis visto á aquel sugeto? ¿Nos puede quedar alguna esperanza?

EDUARDO. No, amigo mio; ninguna: vuestra desgracia ha llegado al colmo, y sobrepuja todo lo que la imaginacion mas exaltada puede llegar á temer. No sé qué voz, qué espíritu infernal empeñado en vuestra perdicion ha revelado la muerte de vuestro hijo. El ódio, la ignorancia, el fanatismo, el furor la han pintado al momento con el mas negro colorido; se han supuesto las circunstancias mas atroces. Los magistrados están instruidos, y reunidos ya en las casas consistoriales se disponen á daros el golpe mas sensible.

DILLON. ¿Los magistrados lo saben? Basta, Eduardo, basta:

cierta es nuestra perdicion. Si, todo el oprobio que puede humillar á los hombres va á recaer sobre un anciano, sobre una madre, sobre una hija inocente. ¡Crueles! ¡Pondrán en un cadalso el cuerpo de mi hijo, y harán apurar las heces de la ignominia á una familia espirante! Será preciso abandonarlo todo, ¡amigos, parientes, patria!... Será forzoso huir, é ir á esconder á un desierto nuestra vergüenza, nuestra miseria y nuestro dolor.

EDUARDO. ¡Ah! Ni aun podeis sospechar...

ISABEL. ¡Eduardo!...

EDUARDO. Si, amigos mios, es preciso huir; no os queda otro recurso. Huid; mi familia os ofrece un asilo en Edimburgo; yo mismo os conduciré á sus brazos, y nunca os abandonaré. Soy vuestro hijo, soy el esposo de Isabel; nuestra suerte será una misma. Venid, amigo, venid... Padre mio, favorecido por las tinieblas, aun podreis escaparos por entre la muchedumbre, ó bien por la muralla. Si; hasta ahora no se puede haber dado ninguna órden. Venid, probaremos este último arbitrio.

ISABEL. Si, querido padre. venid.

DILLON. ¿Qué haceis, hijos mios? ¿Y mi esposa?

EDUARDO. No os abandonará.

ANA. ¿Y por qué hemos de salir de esta casa? ¿Quién cuidará del cuerpo de mi hijo? ¿Quién implorará la piedad de los magistrados?

JORGE *y* MARÍA. Nosotros, señora, nosotros.

EDUARDO. Acordaos de que pueden privaros de la libertad y separaros para siempre de vuestro esposo.

ANA. ¡De mi esposo!

DILLON. Pero, Eduardo...

EDUARDO. En nombre de lo que mas ameis, ceded á mis ruegos.

ISABEL. Padre mio, si me amais, si teneis compasion de mi suerte, dejaos llevar por Eduardo.

DILLON. Quereis...

ISABEL, EDUARDO, JORGE *y* MARÍA. (*Con el mayor fervor.*) Os lo suplicamos.

ANA. (*Sorprendida.*) ¿Cómo? Todos...

DILLON. ¡Qué misterio!

EDUARDO. Un solo instante puede completar vuestra ruina.

ANA. ¡Su ruina! (*A Isabel.*) Pero qué, ¿corre tu padre algun otro riesgo?

ISABEL. Si, madre mia, si... Va en ello su vida.

ANA. ¡Su vida! Marchemos, marchemos. (*Se oyen pasos precipitados.*)

EDUARDO. ¡Silencio!...

MAURICIO. (*Dentro.*) ¡Señor Dillon! ¡Señor Dillon!

MARÍA. Este es Mauricio.

ESCENA IX.

Dichos. MAURICIO.

MAURICIO. ¡Señor Dillon! ¡Ah! Estais aquí... ¡Gracias á Dios! No puedo mas... he...

EDUARDO. Y bien, ¿qué?

MAURICIO. Señor Dillon, vienen á prenderos.

TODOS. ¡A prenderle!

DILLON. ¿A mí?

MAURICIO. Toda la justicia viene detrás de mí. ¡Oh! y hay justicia en Dublin, hay justicia... Eso estremece. (*Consternacion general.*)

EDUARDO. ¡Tan pronto!

MAURICIO. Y el mismo señor diputado de la corona en persona: estaba en el consejo deliberando asuntos de la mayor importancia, y el ruido del motin le hace tomar cartas en el juego.

ISABEL. ¡Dios mio!

MAURICIO. Con que así, ya podeis cerrar y atrancar bien las puertas.

EDUARDO. Querido amigo, es preciso tratar de salir de aquí á toda costa.

ISABEL. ¡Si!

MAURICIO. ¿Salir? ¡Qué! ¿Por dónde? Toda la casa está rodeada de soldados... Ahora mismo acaban de dar órden de no dejar salir á nadie.

EDUARDO. ¡Ya es tarde!

ISABEL. ¡Qué va á ser de él!

JORGE. ¡Pobre señor!

ANA. ¿Qué hacemos?

DILLON. (*Con serenidad.*) Resignémonos á la voluntad del Señor, y roguémosle que se digne ablandar en favor de mi hijo el corazon de los magistrados. (*Se oyen varios golpes.*)

UNA VOZ. (*Dentro.*) En nombre del diputado de la corona, abrid (*Movimiento general de espanto.*)

DILLON. Jorge, ves á abrir la verja del jardin. (*Jorge vacila y mira á Eduardo, que le dice que no con la cabeza; Isabel está sumergida en la mayor desesperacion. Ana parece tratar de adivinar por quién debe temblar.*)

DILLON. (*Despues de un momento de silencio.*) Andad, Jorge, andad; es forzoso obedecer.

JORGE. (*Mirando á Eduardo.*) Es forzoso... Querido amo... voy. (*Sale consternado.*)

ESCENA X.

Dichos, menos JORGE.

ISABEL. (*A Eduardo en voz baja.*) Eduardo, ¿será preciso instruir á mi padre?

EDUARDO. (*A Isabel en voz baja.*) ¡Ah! Tal vez no se atreverán á acusarle... Esperemos.

ISABEL. Esperemos.

DILLON. ¡Ana, valor! Nuestro hijo fue culpable al disponer de una vida que el cielo le habia dado; pero nosotros somos inocentes. Por grande que sea la prevencion que puede existir contra nosotros, no hay corazon tan empedernido que pueda resistir al espectáculo que va á presentarse á los ojos de los jueces. (*Abre el gabinete.*) Allí, el cuerpo frio de un jóven, la esperanza y el objeto del amor de su familia... ¡A sus piés, una madre, una hermana suplicándoles que respeten estos restos preciosos y que no marquen en oprobio los últimos años de un anciano! Si permaneciesen insensibles, el mismo Dios se ofenderia de su dureza.

ISABEL. (*Horrorizada.*) ¡Ya están aquí! ¡Madre mia! (*Se acerca á ella.*)

ANA. Mis fuerzas y mi valor me van á abandonar.

ESCENA XI.

DILLON, ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, LORD DIPUTADO, JORGE, MARÍA, ALGUACILES, MAURICIO, *dos* CIRUJANOS, ESCRIBANOS, etc., *guardias.*

(*Jorge entra el primero, enseñándoles el camino. Siguenle dos hombres con hachones encendidos y los soldados, que se colocan en el fondo. En seguida los alguaciles, el escribano, dos jueces y dos cirujanos. Dermod se ha entrado confundi-*

do entre todos, y está en observacion entre algunos grupos. El lord diputado aparece el último, entra con viveza, y se detiene en medio del vestíbulo. Ana y su hija se arrojan á sus piés; Jorge, Mauricio y María se inclinan respetuosamente. Dillon, inmediato al gabinete, señala la puerta abierta. Dermod, en el fondo, imitando el ademan de Dillon, señala tambien el gabinete á los jueces. El lord diputado dirige á todo el mundo una mirada severa. Eduardo se mantiene al lado de Ana y su hija, dispuesto á levantarlas.)

DILLON. Señor, no tratamos de disfrazar la verdad: mi hijo no existe; bien hubiera querido ocultar su crímen; la naturaleza, mi ternura paternal lo exigian así de mí. No creo que haya en el mundo un solo padre que me condene... Mirad á vuestras plantas á una familia sumida en la desesperacion, cuyo honor, cuya suerte futura va á depender de vuestra humanidad.

LORD. (*A las señoras.*) Alzad, señoras. (*Eduardo las ayuda á levantarse.—A Dillon.*) De un magistrado no debeis esperar sino justicia, ni otra cosa de las leyes que el castigo del crímen.

DILLON. ¡Del crímen! ¡Ah, señor! ¿no está bastante espiado?

LORD. Es preciso que á la sociedad se la dé una satisfaccion. (*A los cirujanos.*) Señores, entrad en esa habitacion... (*Señala el gabinete.*) Registrad el cuerpo del desgraciado que ha dejado de existir, y dad vuestro informe arreglado á la verdad. (*Ana hace un movimiento como para dirigirse al gabinete.*) Señora, quedaos aquí. (*Los cirujanos, precedidos de algunos soldados, entran en el gabinete: en seguida un juez se adelanta como para recibir instrucciones del lord diputado; este le hace señal de que aguarde y se vuelve hácia Dillon.*) Entregad al señor todas las llaves de vuestra casa y las de los muebles donde tengais vuestros papeles.

DILLON. ¿A qué fin, señor? Ninguna relacion tiene esa órden con el suceso que os trae á mi casa.

LORD. Obedeced.

DILLON. Jorge, mi antiguo criado, os entregará las llaves; hace veinte años que es el único depositario de ellas.

LORD. (*Al juez.*) Ya teneis mis instrucciones; acompañad á ese hombre. (*A Jorge.*) Vos guiad al señor, y ejecutad sin réplica cuanto os prescriba.

JORGE. Perdon, señor diputado: pero en casa de mi amo no puedo recibir órdenes sino de mi amo; si el señor me lo manda, entonces...

DILLON. Sí, amigo mio; obedeced á los magistrados.

JORGE. Basta... (*Al juez.*) Espero vuestras órdenes. (*En consecuencia de la órden del lord diputado, el juez, dos soldados y Jorge delante, salen por la puerta que da á las habitaciones. Durante esta salida, que ha causado un movimiento general, se coloca una mesa, á que se sienta un escribano, y un juez se queda á su lado en pié, como para dictarle. Eduardo hace sentar á Ana en un sillon. Isabel, María, Mauricio y él se quedan á su alrededor: Dillon está al otro lado. Los dos criados que traian hachones los han apagado; dos soldados quedan á la puerta del gabinete. Dermod se va aproximando poco á poco al lord diputado.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos JORGE, *los* CIRUJANOS, *el* JUEZ *y los soldados.*

(*Otro juez ó asesor entrega al diputado un papel desdoblado; este le recorre, dando algunos pasos hácia adelante.*)

DILLON. ¿Cuales son, señor, vuestras intenciones acerca de mí y de mi familia? No parece sino que hemos cometido alguna accion culpable.

LORD. Eso, vos lo sabreis. (*Eduardo é Isabel le arrojan una mirada llena de horror.*) Tened la bondad (*Despues de registrar el papel que tiene en la mano.*) de responder á las preguntas que voy á haceros. ¿No es cierto que solia vuestro hijo pasar fuera de casa la mayor parte del dia?

DILLON. Sí, señor.

LORD. ¿Y salió ayer?

DILLON. No, señor; no se separó de nosotros en todo el dia. (*El lord hace seña al juez que está cerca de la mesa, y este al escribano para que escriba; á cada respuesta de importancia se repite el mismo juego escénico.*)

LORD. ¿Recibisteis gentes por la noche? ¿A qué hora se retiró la concurrencia?

DILLON. A las nueve.

LORD. ¿Y á qué hora murió vuestro hijo?

DILLON. ¡Mi hijo! ¡Ah! Creo que fué hácia la misma hora.

LORD. ¿Estábais entonces con vuestra sociedad?

DILLON. Sí, señor; toda la familia se levantó para despedir á las gentes.

ANA. Querido, te equivocas... Nuestro hijo no estaba entonces con nosotros.

DILLON. Cierto, perdonad... ¡Estoy tan turbado!...

LORD. (*Al juez.*) Notad que se contradicen.

EDUARDO. ¿Cómo? Milord... ¿un padre abrumado por el dolor, puede tener presentes hasta las mas mínimas circunstancias del horroroso acontecimiento que le ha privado de su hijo? ¿Habeis notado acaso que trate de engañaros? ¿Qué consecuencia podeis deducir de tan ligera equivocacion?

LORD. ¿Olvidais, caballero, que yo soy aquí el único que tengo derecho para hacer preguntas? (*A Dillon.*) ¿En dónde deeis que ha perecido vuestro hijo?

DILLON. (*Señalando.*) Allí, en aquel pabellon.

LORD. ¿Y dónde dábais vuestra funcion?

DILLON. En el jardin.

LORD. (*Devolviendo al juez el papel.*) ¿Cómo? En el sitio mismo de vuestra reunion, en el mismo instante en que vuestra tertulia se recoge, y al mismo tiempo que vos estábais delante de ese pabellon... en fin, ¿espira vuestro hijo casi á vuestra vista? ¿Y quereis suponer que lo ignorabais? (*Dermod se acerca y habla al oido al lord diputado.*)

DILLON. Nada hay mas cierto, señor.

ANA. Los gritos de nuestros criados fueron los que nos anunciaron tan horroroso acontecimiento.

MARÍA. (*Acercándose un poco.*) Es la verdad, señor... (*Ve á Dermod que habla al lord.*) ¡Ah! (*Anda como espantada.*)

EDUARDO. (*A María.*) ¿Qué tienes? (*Ana, Isabel y Eduardo miran á María con asombro. El diputado no ha reparado en ella, ocupado como está en escuchar á Dermod y ver el proceso verbal de las respuestas de Dillon, que le enseña el juez.*)

MARÍA. (*A Ana.*) Señora, ¡qué hombre he visto allí!

ANA é ISABEL. ¿A quién?

MARÍA. ¡El señor Dermod! ¡Está hablando con el lord diputado!

ANA. ¡Dermod! ¿Qué vendrá á hacer aquí?... María, ¡mira si puedes avisárselo á mi esposo!

MARÍA. Dejadme á mí. (*Se hace un poco atrás, procurando no ser vista; pero Dermod la sorprende, y se lo hace reparar al lord diputado.*)

LORD. (*A María.*) ¿Quién sois vos?

MARÍA. (*Temblando.*) ¡Yo! Yo, señor... yo me llamo María; soy la hija de Jorge, y la novia de Mauricio... y... y la criada de la casa.

LORD. ¿Y á dónde ibais?

MARÍA. Señor... iba... (*Ana, Isabel y Eduardo procuran hacerla señas para que calle.*)

LORD. (*Reparándolo.*) Dejadla hablar, señora: María, respondedme y decidme la verdad.

MARÍA. ¡Pardiez! Iba á decir á mi amo que se anduviese con cuidado.

LORD. ¡Con cuidado! ¿Por qué?

MARÍA. Porque... porque está ahí el señor Dermod.

LORD. ¡Está bien! (*María vuelve atrás.*)

DERMOD. Ya lo oís, milord. (*Todos están asombrados, escepto Isabel y Eduardo, cuyo horror se aumenta. Los cirujanos salen del gabinete, y se fija sobre ellos la atencion general.*)

ESCENA XIII.

Dichos, los CIRUJANOS, *y poco despues* JORGE, *el* JUEZ *y los soldados que salieron anteriormente.*

(*El juez entrega el reconocimiento firmado por los cirujanos al lord diputado, quien le lee por lo bajo. Suspension general.*)

LORD. (*A los cirujanos.*) Señores, somos de un mismo parecer: ¿habeis verificado exactamente las circunstancias notadas en la muerte violenta de ese jóven? (*Responden con la cabeza afirmativamente.*) ¡No queda la menor duda! (*Echando á Dillon una mirada severa.*) ¡Qué horror! (*Movimiento general de sorpresa. Jorge, el juez y los soldados entran al mismo tiempo. El juez entrega varios papeles al lord. Jorge se acerca á su amo.*)

JORGE. (*A Dillon.*) Señor, todo lo han registrado, pero en particular el cuarto de vuestro hijo, de cuyos papeles se han apoderado.

DILLON. ¡Ah, Jorge, mi sorpresa iguala ya á mi dolor!

LORD. (*Dando á un juez un fragmento de una carta, que este último enseña á Dillon.*) ¿Reconoceis en ese fragmento de una carta la letra de vuestro hijo?

DILLON. Si, señor; si... esta es su letra.

LORD. (*A quien el juez ha devuelto el papel.*) Oid... ¡Esta prueba es fulminante! (*Lee.*) «Exigís de mi que renuncie á la religion de mis abuelos... ¡Ah! Si me dejase llevar de mi inclinacion...» (*La sorpresa y el asombro de la familia de Dillon llegan al estremo.*) «¡Cuán dulce me seria volar á vuestros brazos! Pero ¡ay! ¡qué vínculos es preciso romper para formar esos tan deseados! ¿Y tendré valor para romperlos?... No: provocaria la ira de mi padre, y esta ira seria el decreto de mi muerte.» (*Devuelve la carta al juez.*)

ANA. ¡De su muerte!

EDUARDO. ¡Infeliz!

ISABEL. ¿Qué has hecho, hermano mio? (*El lord los observa á todos.*)

ANA. (*A su esposo.*) Roberto, ¿comprendes tú?...

DILLON. (*Al lord.*) ¡Cómo, señor, mi hijo ha escrito esas palabras! ¿A quién?

LORD. Puesto que insistis en vuestra supuesta ignorancia, voy á cerraros todas las salidas. La profunda tristeza que todo el mundo ha reparado en vuestro hijo, era efecto de su deseo de abjurar...

DILLON *y* ANA. ¡De abjurar!

LORD. Y del miedo, del temor que le inspirabais.

DILLON *y* ANA. ¡Nosotros!

LORD. Esta noche misma debia abjurar. El templo estaba ya abierto, los ministros avisados; ¡todavía arden los candelabros que debian alumbrar esta augusta ceremonia! Ahora bien, segun resulta de vuestra propia confesion, no le habeis dejado salir; á las nueve os quedásteis solo con vuestra familia... ¡y entonces pereció vuestro hijo, precisamente cuando se le estaba esperando ya al pié de los altares! Ese fragmento nos revela el resto del misterio; y esta declaracion, resultado del reconocimiento de las heridas, confirma la idea de que no se ha suicidado. ¿Quién, pues, le ha muerto?

ANA. ¡Santo Dios!

DILLON. ¡Quién le ha muerto!

LORD. ¡Vos!

TODOS. (*Horrorizados.*) ¡Ah! (*Ana se deja caer sobre su asiento; su hija se cubre la cara; no pueden ser mayores el horror y la consternacion.*)

DILLON. ¡Santo cielo! ¿Qué he escuchado? ¡Yo degollar á mi hijo! (*Volviéndose hácia el gabinete.*) ¡Oh, hijo mio, levántate; ven, ven á responder á los acusadores de tu padre!

EDUARDO. ¿Es posible? ¿Y esa odiosa mentira se ve repetida en la boca de un magistrado?

DILLON. ¡Bárbaro! ¿Sois padre, y os atreveis á suponer ese delito?

LORD. ¡Suponerle! Miserable... ¡Tuvisteis un testigo!

TODOS. ¡Un testigo!

LORD. (*Señalando á Dermod.*) ¡Hélo aquí!

TODOS. ¡Dermod!

DILLON Y EDUARDO. ¡Impostor!

MAURICIO. (*Apartando á todo el mundo.*) Esperad... Si, si... Toma, cierto, el señor estaba... Me acuerdo de su vestido... le conozco... Ayer noche le vi detrás de la verja... Todavía estaba allí cuando el señor Dillon salió del pabellon.

EDUARDO. ¿Qué dices?

LORD. Da testimonio.

MAURICIO. Si, señor; y el señor, que lo ha visto todo, puede decir lo mismo que yo cómo ha pasado.

DILLON. (*A Dermod.*) ¡Ah! Si eso es cierto, caballero... si fuisteis el amigo de mi desdichado hijo, ¡debeis tener compasion de su padre! ¡En nombre del cielo decid la verdad!

DERMOD. Oidla, pues. A las nueve salí del templo, donde se esperaba ya á vuestro hijo, y me dirigí á esta casa para llevarle conmigo y conducirle al altar. Llego, y oigo á lo lejos gritos y gemidos... Empiezan á agitarme horrorosos presentimientos... Acudo temblando, y apenas llego á la verja, ¡cuando oigo resonar las voces de muerte y asesinato! Entro. La señora y su hija aparecen y se precipitan hácia ese pabellon; dirijo yo tambien mis miradas hácia él, y veo salir á Dillon trémulo, pálido, desfigurado: á su aspecto todo el mundo se detiene, y la señora, adivinando en sus facciones el crimen que acaba de cometer, esclama: ¡Mi hijo ya no existe! Asombrado entonces de tantos horrores, me apresuré á alejarme de esta guarida del crimen, creyendo que el cielo y que los hombres me mandaban reclamar la venganza: juro no haber dicho una sola palabra que no sea verdad.

EDUARDO. ¡Miserable! La calumnia mas atroz no seria tan funesta como tu pérfida verdad. (*Dillon y su mujer quedan anonadados.*)

LORD. ¿Qué podeis responder á eso?

DILLON. Nada, señor.

ISABEL. (*Precipitándose en los brazos de su padre.*) ¡Padre mio! ¿Os dejais acusar por ese monstruo? ¡Ah! Todos somos testigos de que adorabais en mi hermano.

JORGE, MARÍA *y* MAURICIO. Si, si, señor, todos.

EDUARDO. Milord. no podeis insistir en tan espantosa acusacion; la naturaleza os lo prohibe, y ultrajais al cielo si no la desechais. ¡Haceis á los hombres mas feroces que los mismos monstruos de las selvas! ¡Ama el tigre los frutos de su amor, y un padre los degollaria! ¡Una madre dejaria destrozar el hijo que ha criado en su seno! ¡Una madre, y la mas cariñosa, la mas respetable! ¿Será posible? Sesenta años de virtudes nunca desmentidas, la mas inalterable dulzura, el amor de padre mas puro, el mas ardiente, ¿no serán bastantes á librar á un hombre de una sospecha que ultraja á la humanidad, y cuya verdad, si fuese posible, trastornaria el órden de la naturaleza? No, no es posible... Vos mismo no lo creeis. No podeis creerlo... Ningun magistrado admite semejante delito.

ANA. ¡Ah, señor, desechad tan horrible calumnia! (*Toda la familia y los criados tienden sus manos hácia el lord diputado.*)

LORD. Nada puedo escuchar, ni menos separarme de mi deber. Sois acusado. los hechos hablan; podeis defenderos en los tribunales. (*A su séquito.*) Asegúrese al señor y á su familia, y que se traslade el cuerpo de la víctima á las casas consistoriales.

ANA. ¡Santo Dios!

ISABEL. ¡Padre mio!

JORGE, MARÍA *y* MAURICIO. (*Echándose á los piés del magistrado.*) Señor, ¡piedad!

LORD. (*A los suyos.*) Obedeced. (*Los tres criados se levantan sumidos en la mas profunda afliccion. Un juez, varios soldados y otras personas entran en el gabinete. Dillon se ve al mismo tiempo rodeado de soldados que deben conducirle.*)

DILLON. Querida esposa, hija mia, soy inocente. Tranquilizaos sobre mi suerte. Dios no permitirá que el justo sucumba: empero si tal fuese su voluntad... ¡ah! solo le pido que aparte de vosotras esta prueba cruel. (*Las dos se deshacen en lágrimas.*) Amado Eduardo, ¿vendreis á defenderme?

EDUARDO. Yo juro perecer con vos ó justificaros. (*El lord diputado y cuantos le acompañan salen. Dillon se coloca él mismo entre sus guardias, y sale echando sobre su familia miradas llenas de amargura y de dolor. Su mujer quiere dar algunos pasos para seguir á su esposo, pero al mismo tiempo el juez y los soldados que entraron en el gabinete salen de él: siguenlos dos hombres que llevan el cadáver. A semejante vista Ana exhala un grito de dolor, apartando la vista, y el telon cae en el momento en que los mozos salen del gabinete, y antes que el cuerpo del jóven Dillon ofenda la vista de los espectadores.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una gran sala de la casa municipal de Dublin: tres grandes puertas vidrieras de arriba á bajo, y de vidrios de colores, cierran el fondo de la sala. Al fin del acto, y en el instante en que Dillon es conducido al suplicio, se abren estas tres puertas, dejando ver una plaza pública, y enfrente la torre de una iglesia. A derecha é izquierda de los segundos á los terceros bastidores dos grandes puertas de dos hojas, una enfrente de otra, adornadas segun el gusto del tiempo, y hasta las cuales se sube por dos ó tres escalones. En la de la izquierda del actor dirá una inscripcion: *Sala del Crimen*; en la otra: *Sala del Consejo*. Algunos sillones antiguos.

ESCENA I.

EDUARDO, DERMOD.

(*Dermod sale precipitadamente de la sala del crimen, y al parecer trata de huir; Eduardo sale detrás de él.*)

EDUARDO. Deteneos, caballero; deteneos os digo.

DERMOD. ¿Con qué derecho me seguis?

EDUARDO. Habeis de oirme á vuestro pesar. Aquí, y en todas partes, solo, y en presencia de mil testigos, no podreis libertaros de la verdad. ¡En ninguna parte podreis evitar la maldicion de una familia inocente que vais á llevar al cadalso!

DERMOD. Caballero, ¿esa es una acusacion que intentais contra mi? ¿Ignorais que al dirigirme esos insultos ultrajais tambien la majestad del tribunal cuya sentencia no tardará en justificar mi conducta, condenando vuestros arrebatos?

EDUARDO. ¿Y sobre qué pruebas pudiera nunca ese tribunal emitir tan horrible sentencia, si vos con la mas horrenda y execrable acusacion... si vos con vuestro sacrílego juramento no hubieseis obligado á los jueces á condenar sin poder, sin osar siquiera consultar su propia conciencia? ¿Podrian nunca las leyes mas sabias llegar á ser armas homicidas, si no hubiese monstruos, como vos, que se atreviesen á estraviar, á engañar, á sorprender á la misma justicia? Habeis jurado descaradamente á la faz de Dios decir la verdad; he visto empalidecer á los mismos magistrados; y vos, desdichado, ¡habeis podido atestiguar entre tanto sin horrorizaros que un padre habia degollado en vuestra misma presencia á un hijo que adorabal ¡Ah! Si vuestro perjurio no ha provocado contra vuestra cabeza mil rayos vengadores, si la tierra asombrada de soportar vuestro infando peso no ha temblado ni entreabierto sus profundos abismos debajo de vuestros piés, reconoced en eso mismo la infinita clemencia del Todopoderoso, que le deja á vuestro arrepentimiento tiempo para enmendar el mas horrendo delito.

DERMOD. ¡Esto ya es demasiado!

EDUARDO. ¡Ah! Yo no soy dueño ya de mi desesperacion. (*Tomando un tono de súplica.*) Escuchadme, estamos solos: bien podeis entenderme sin ruborizaros. Dillon es inocente, y vos lo sabeis... Yo leo en vuestra frente que no lo dudais. ¡Pues bien! Confiadme la causa de vuestro odio: ¿qué injurias habeis recibido de esos desgraciados? Yo os indemnizaré. ¿Os han perjudicado en vuestro honor, en vuestros intereses? Yo comprometo todos mis bienes, yo os entrego cuanto poseo, y os juro además guardaros eternamente el secreto. ¿Os turbais? ¡Ah! seguid, seguid sin vacilar la voz de vuestra

conciencia. Venid á retractar vuestra culpable declaracion: detened á la muerte que va á segar ya á un anciano, y la sangre del inocente no recaerá sobre vuestra cabeza, ni pedirá la vuestra en el dia del juicio terrible... Y yo os colmaré de riquezas, yo os ahorraré los horrores de un crimen, sus crueles remordimientos, y ¿quién sabe si la próxima venganza de los hombres?... Venid, venid... Triunfen por fin la justicia y la humanidad. (*Trata de arrastrarle.*)

DERMOD. (*Desasiéndose de sus manos.*) ¿Qué osais proponerme? ¡Yo comparecer ante el tribunal para justificar á Dillon! Si vuelvo á su presencia, temblad vos mismo: será para añadir á las demás pruebas la que me presentan las ofertas criminales que os atreveis á hacerme.

EDUARDO. ¿Es decir que en tu alma no hallan cabida los remordimientos, es inaccesible al terror que esperimentan los mas empedernidos delincuentes?

DERMOD. Nada tengo que temer; el lord diputado está convencido.

EDUARDO. ¡Ah! monstruo... Bien sabias que no podia dejar de estarlo.

DERMOD. ¿Acusais al primer magistrado?

EDUARDO. No acuso mas que á tí; ¡y te acuso delante de Dios! Puesto que nada puede contenerte en la senda del crimen, puesto que obcecado por tu infernal rencor no conoces que el abismo donde vas á sepultar á Dillon no volverá á cerrarse sino despues de haberte tragado á ti tambien, anda, desdichado, corre á precipitarte en él. Pero oye el juramento que hago. Si el padre de mi esposa llega á subir al cadalso, ni las entrañas de la tierra te podrán esconder de mi venganza, y tu sangre toda tu sangre, sí, me responderá de la sangre inocente derramada.

DERMOD. Corro á denunciaros.

EDUARDO. (*Arrastrándole hácia la sala del crimen.*) Ven en buen hora, miserable; llega... (*Las puertas se abren estrepitosamente: aparecen dos ministros.*) ¡Dios mio! (*Eduardo y Dermod se detienen; sale un juez del tribunal.*)

ESCENA II.

Dichos, el ASESOR, *poco despues* JORGE, MARÍA, *soldados.*

ASESOR. La causa se ha terminado, y los jueces van á pasar al consejo: mandad que se abran las galerías. (*Cruza la escena y entra en la sala del consejo. Los dos ministros salen, cada uno por una de las galerías. Oyese al punto un ruido confuso de pasos y de voces en las dos, y varios pelotones de soldados atraviesan de la una á la otra.*)

EDUARDO. Se acabó: ¡van á pronunciar la sentencia! ¿No os estremeceis? (*Jorge y María acuden por una de las galerías.*)

MARÍA. ¡Ah! Padre mio, aquí está el señor Eduardo.

JORGE. ¡El es! señor Eduardo, decidnos por Dios, decidnos...

EDUARDO. (*Conmovido.*) Amigos mios, se va á pronunciar la sentencia.

JORGE *y* MARÍA. ¡La sentencia! (*Una fila de soldados se coloca en toda la latitud del teatro, cerrando el fondo. Dos grupos de pueblo se agolpan á la entrada de las dos galerías, pero sin entrar, por contenerlos los centinelas.*)

DERMOD. (*Viendo abrirse las puertas de las dos salas.*) Alejémonos. (*Se dirige hácia el fondo.*)

EL OFICIAL QUE MANDA LA TROPA. Ya no se puede pasar. *Dermod se ve precisado á quedarse; y viendo llegar de repente á Ana é Isabel, se queda en el fondo junto á los soldados, procurando ocultarse.*)

DERMOD. ¡Procuremos evitar las miradas!

MARÍA. Mi ama...

EDUARDO. ¡Ah! (*Ana é Isabel aparecen en la mayor turbacion.*)

ESCENA III.

Dichos, ANA, ISABEL.

ANA. (*Arrastrando consigo á Isabel.*) Ven, hija mia, ven; que nos encuentre tambien al paso.

EDUARDO. ¡Señora!

JORGE *y* MARÍA. (*Besándola las manos.*) ¡Señora, querida señora!...

EDUARDO. ¿Dónde vais? ¿Cuál es vuestro designio?

ANA. ¿Sois vos, Eduardo? Amigos mios, ¡mi esposo es perdido! Vau á condenarle... ¡á condenarle!... No, ¡es imposible!... Hé aquí sus jueces... miradlos... ¡Quedaos, quedaos aquí conmigo! Arrojémonos de nuevo á sus plantas... imploremos su justicia. (*Eduardo, Isabel, Jorge y María la arrastran hácia uno de los estremos de la sala. Dermod permanece en el fondo. Los ministros, los jueces salen de la sala del crimen, y se dirigen hacia la puerta de enfrente de la sala del consejo; se detienen en medio de la escena para dejar pasar al lord diputado; los soldados están sobre las armas: el pueblo permanece en el fondo.*)

ESCENA IV.

Dichos, el LORD DIPUTADO, JUECES, ASESORES, MINISTROS, *etc.*

(*En el momento en que el lord diputado atraviesa el teatro, Ana é Isabel se precipitan hácia él.*)

ANA *é* ISABEL. ¡Deteneos, deteneos! (*Caen á sus piés.*)

JORGE *y* MARÍA. (*Prosternándose tambien.*) ¡Perdon, piedad para nuestro amo!

LORD. ¿Qué haceis, señora?

ANA. Mi esposo es inocente: ¡lo juramos todos por lo que hay mas sagrado en el mundo! En nombre de ese Dios, que os ha de juzgar á vos mismo, ¡no consumeis la injusticia mas horrible!... ¡No deis crédito á un impostor, á un monstruo abominable! ¡Ah! No condeneis al mas virtuoso de todos los hombres... ¡mi esposo!

ISABEL. ¡Mi padre!

JORGE *y* MARÍA. ¡Piedad!

LORD. Alzad, señora. (*A los jueces.*) Señores, es la hora de consejo.

EDUARDO. (*Pudiendo apenas contenerse.*) ¡Crueles! (*Ana, Isabel, Jorge y María se levantan consternados.*)

LORD. Las lágrimas ni las amenazas no tienen influencia sobre nuestros ánimos: hemos formado nuestra opinion; nada puede cambiarla. Salga absuelto ó condenado, pronto sabreis la suerte de vuestro esposo. (*A uno de su séquito.*) Permito al acusado que espere en esta sala, que debe permanecer abierta para su familia. (*A los jueces.*) Señores, vamos. (*Todo el séquito entra en la sala del consejo. Los soldados se forman en pelotones, y el pueblo se retira: el oficial, despachando á los soldados por una y otra galería, da órdenes que indican que se van á poner centinelas en las puertas esteriores. Dermod observa todos estos movimientos deseoso de salir, y mirando con cierto temor á la familia de Dillon. Esta está sumergida en el estupor.*)

ESCENA V.

ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, JORGE, MARÍA.

ISABEL. ¡Ah, madre mia, no perdamos aun del todo las esperanzas! (*Isabel y Eduardo tratan de llevársela.*)

DERMOD. (*Aparte.*) Gracias á Dios ya puedo salir... No puedo soportar su vista por mas tiempo. (*Trata de alejarse.*)

ISABEL. Salgamos al encuentro á mi padre.

TODOS. (*Con indignacion, reparando en Dermod.*) ¡Dermod!... (*Este se ve rodeado por todas partes, y su turbacion misma le deja inmóvil.*)

ANA. ¡Cielos! Ya le tengo delante de mis ojos.

EDUARDO. ¿Cómo? ¿Te atreves á arrostrar las miradas de tus víctimas?

ANA. ¡Maldito calumniador! ¿Vienes á cebarte en la sangre de mi esposo? ¿De qué procede ese funesto aborrecimiento? ¿Qué te ha hecho Dillon, ni yo, ni esta hija desgraciada? ¿Te ha vomitado el infierno para esterminar toda mi familia?

DERMOD. (*Con la mayor turbacion.*) Señora...

ANA. ¡Tú eres el único que has acusado al inocente! ¡Tú quien le llevas al suplicio! Sobre ti caerá su sangre; y nuestros gritos, nuestro dolor, nuestras eternas maldiciones te perseguirán hasta dentro del sepulcro.

TODOS. Sí, ¡hasta dentro del sepulcro!

DERMOD. (*Asustado.*) Dejadme que me aleje.

EDUARDO. (*Persiguiéndole.*) No, ¡tú debes esperarlos! Tu suplicio comienza con el de tu víctima; pero el suyo va á ser el triunfo del justo, al paso que el tuyo no conocerá término jamás. ¡Perseguiránte sin cesar los remordimientos vengadores! ¡Llorarás noche y dia lágrimas de sangre! Y cuando se cierren tus ojos á la luz, entonces la mano de Dios te entregará á tormentos sin fin, ¡y la maldicion celeste resonará todavia en la eternidad!

DERMOD. (*Huyendo.*) Dejadme... dejadme... (*Dermod huye con el mayor espanto. Dillon, conducido por algunos soldados, aparece en el dintel de la sala del crimen.*)

ISABEL. ¡Ah! ¡Hé aquí á mi padre!

JORGE *y* MARÍA. ¡Nuestro amo! (*Todos corren á él y le rodean con mil señales de respeto y de cariño. Los soldados se retiran.*)

ESCENA VI.

Dichos, DILLON.

DILLON. ¡Cuán dulce es para mi verme de nuevo en medio de mi familia, rodeado de mis hijos... si, de mis hijos, porque un amigo como Eduardo, criados como vosotros, no pueden ser estraños para mi! ¡Y tú, querida esposa!... (*A Isabel.*) ¡Tú, único objeto ya de nuestro amor! Llegad. Mientras mas próximo considero el momento de nuestra separacion, ¡mas se acrecienta mi cariño, mas placer esperimento al estrecharos sobre mi corazon! ¡Llorais! ¡Ah! Si es cruel, si es horroroso el dejaros, bien conozco que aun debe serlo mas para ti... (*A su mujer é hija.*) para vosotras, el sobrevivir á nuestra desgracia.

ANA. ¡No, no creas que yo pueda sobrevivir á semejante golpe!

DILLON. ¿Qué dices, Ana? ¡y nuestra hija! ¿No es bastante todavia para esa inocente criatura perder en solo un dia honor, bienes, padre y espóso? ¡Quédele á lo menos una madre!

JORGE. ¿Y nosotros, señor? Nosotros tambien la acompañarémos; mi hija y yo serviremos á la señorita hasta exhalar el último aliento.

EDUARDO. ¿Cómo, querido amigo, no conoceis ya mi corazon? Si algun dia he querido á Isabel, ¡ha sido en este dia de afliccion!

DILLON. Os creo, querido Eduardo: pero si salgo condenado, la miseria... ¡la infamia!...

EDUARDO. ¡La infamia! ¡Nunca recae sino sobre el crimen, jamás sobre la inocencia! ¿Qué digo? ¡El nombre de Dillon quedará ennoblecido por la desgracia, y yo participaré con orgullo de su mala suerte! Os roban vuestros bienes, ¡enhorabuena! Los mios pertenecen á mi madre; vuestras virtudes serán el patrimonio de vuestra huérfana. En cuanto á mi, yo he protestado de vuestra inocencia, yo la proclamaré sin cesar, aun con riesgo de mi vida. ¡Oh Isabel! Y vos, su cariñosa madre y la mia tambien, cualquiera que sea el desenlace que se prepara, ¡no recojais el don que os habiais dignado hacerme! Venid, amiga mia, y mientras que los jurados pronuncian la suerte de nuestro padre, pidámosle que nos una, que confie á nuestro amor á la mas cariñosa de todas las madres, y de hacernos partícipes igualmente de su infortunio, de su ternura, de su bendicion paternal. (*Se inclinan los dos á los piés de Dillon.*)

DILLON. ¡Oh hijos mios! Quiera Dios atender á mis oraciones, ¡y ojalá que mis padecimientos, ofrecidos con resignacion, logren para vosotros la felicidad que teneis tan merecida! (*Oyense pasos acelerados; acude Mauricio.*)

ESCENA VII.

Dichos, MAURICIO, *el* OFICIAL.

MAURICIO. (*Al oficial, que le impide el paso.*) Dejadme entrar; repito que soy de la familia. Pardiez, es claro; me llamo Mauricio, y soy el jardinero del novio de la hija del señor reo.

MARÍA. ¡Ah! Es el pobre Mauricio.

MAURICIO. Mirad, ahí están todos... preguntádselo sino... Pues está bueno, ¡eh!

EDUARDO. Sí, sí; ese muchacho es mi criado; os suplico que le dejeis pasar.

MAURICIO. ¡Hola! (*El oficial le deja pasar.*)

EDUARDO. ¿Qué quieres? ¿Qué traes?

MAURICIO. ¡Chiton! Señor Dillon, ¡si supieseis lo que pasa en la ciudad!...

TODOS. (*Con impaciencia.*) ¿Qué?

MAURICIO. (*A Dillon.*) Quieren libertaros.

TODOS. ¡Libertarle!

ANA. Habla, prosigue.

MAURICIO. La gente rica, comerciantes, y sobre todo los católicos... todos se reunen... y hablan, hablan...

EDUARDO. Sigue.

MAURICIO. (*A Dillon.*) ¡Y hablan de vos!

EDUARDO. ¿Qué dicen?

MAURICIO. (*Vacilando.*) Que... que os condenarán... (*Movimiento de horror.*) Pero ya hay mas de mil reunidos allá bajo, en la plaza; todos los pobres lloran á su bienhechor: trabajadores y artesanos os llaman su padre, su protector... y en fin, están decididos á presentarse al lord diputado, y hacerle presente que no debe atropellar el negocio, sino aguardar á tener mas pruebas, saliendo ellos garantes de vuestra inocencia con sus bienes y hasta con sus vidas.

EDUARDO. ¿De veras?

ANA. ¡Ah! ¡Querido amigo!...

EDUARDO. ¿Dónde, cómo has reunido esas noticias?

MAURICIO. Toma, en toda la ciudad: no se esconden para decirlo: hablan, y gritan... y se lo dicen á todo el que lo quiere oir.

EDUARDO. ¡Basta!

DILLON. ¿Qué decis? ¿Que vais á hacer?

EDUARDO. Voy á unirme á ellos.

DILLON. (*Deteniéndole.*) ¡Deteneos! Sea injusta ó sea merecida, ¡toda sentencia dimana de un principio sagrado.

EDUARDO. Sois inocente, y sois el padre de mi esposa.

DILLON. Deteneos, os digo; yo os prohibo...

ISABEL. (*Impeliéndole.*) Eduardo, ¡salvad á mi padre!

ANA. Hijo mio, ¡salva á mi esposo!

DILLON. ¡Deteneos!

ANA, ISABEL *y* JORGE. Corred, volad...

EDUARDO. Si: si el cielo no ha decretado la muerte del inocente, yo os restituiré el objeto de vuestro cariño.

DILLON. Deteneos, deteneos...

ANA. (*Conteniéndole.*) ¡Silencio, Roberto, silencio!

ISABEL. ¡Querido padre!

JORGE. ¡Amo mio! (*Eduardo se precipita fuera de la sala. Dillon queda en medio de su familia, que le sujeta los brazos.*)

MAURICIO. (*Exaltado.*) Marchó... ¡Santo Dios!

JORGE. (*Corriendo hácia él.*) ¡Prudencia, Mauricio, prudencia!

MARÍA. No grites de ese modo; todo lo vas á descubrir.

MAURICIO. No me importa; ya pierdo la paciencia: voy tambien...

MARÍA. Mauricio, ¿dónde vas?

MAURICIO. No te asustes, no es nada. Voy tambien á ofrecer mi persona y bienes. (*Se escapa corriendo.*)

MARÍA. (*Detrás de él.*) ¡Mauricio, Mauricio! (*Jorge la detiene.*)

ESCENA VIII.

DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MARÍA.

DILLON. ¿Qué habeis hecho?

JORGE. Mirad á los jurados; ya salen del consejo.

ANA. ¡Santo Dios!

ISABEL. ¡Padre mio! (*Todos tiemblan.*)

DILLON. Enhorabuena, hija mia, querida Ana: ¿no esperábamos su regreso? Ya está mi sentencia pronunciada y mi suerte decidida, y debo resignarme á la voluntad del Señor.

ANA. Mi sangre se hiela toda.

JORGE *y* MARÍA. Aquí están. (*Abrense las puertas de la sala de consejo, y se colocan varios alguaciles á los lados. Al mismo tiempo se abren las tres grandes vidrieras del fondo de par en par, y dejan ver la plaza llena de gente. Entran soldados por entrambas galerías, y se colocan en el fondo, impidiendo al pueblo la entrada por las vidrieras abiertas. Entonces todo el consejo, los jurados, asesores, etc. salen de la sala del crímen; el lord diputado aparece en medio de ellos. Todo el mundo se coloca con el mayor órden. La música toca en todo este intermedio. El lord diputado llama á un dependiente, y le entrega una órden por escrito, señalándole á Dillon, y encargándole al parecer la mayor actividad. El ministro, sorprendido, echa una mirada de compasion sobre la familia de Dillon, y sale como á pesar suyo. Un oficial se acerca, y recibe tambien del lord diputado una órden relativa á la tropa, se dirige en consecuencia al fondo de la sala, y da varias órdenes; al punto entran por las galerías varios pelotones de soldados, que desfilan por la otra, atravesando la plaza pública. Durante estos diversos movimientos crece por momentos la zozobra y el espanto de la familia de Dillon, que lo observa todo con la mayor turbacion. Dillon solo aparece sereno.*)

LORD. (*Dirigiéndose aparte á dos ministros de justicia.*) ¿Y Dermod, el acusador? Buscadle, tengo que hablarle. (*Los ministros salen en busca de Dermod.*

ESCENA IX.

LORD DIPUTADO, DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MARÍA, JURADOS, ASESORES, *dependientes de justicia, soldados, pueblo etc.*

ANA. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¿Qué significan esas órdenes... esas disposiciones?

LORD. Señora, en nombre de todo el consejo os suplico que os retireis con vuestra hija. (*Las dos se acercan á Dillon y le miran asustadas.*) ¿Me habeis entendido? Alejaos.

ANA. No, señor, no; mi hija y yo nos quedaremos aquí. ¡Os declaro que no abandonaré á mi esposo! Soy inocente lo mismo que él. ¡Nuestros sentimientos, nuestras acciones son las mismas! ¡Nuestra suerte debe ser comun! Si le condenais, ¡toda su familia le acompañará al suplicio! Ven, hija mia: ¡amparemos con nuestros brazos el cuerpo de tu padre! (*Le abrazan.*) Milord, ¡hénos aquí! Pronunciad la sentencia: ¡un mismo golpe nos acabará á los tres! (*El lord diputado parece conmovido; todos los jurados hacen un gesto de compasion.*)

DILLON. (*Con energía.*) ¿Y bien, señor?

LORD. ¿Os obstinais en negar el crímen de que sois reo?

DILLON. Ningun crímen he cometido; mis manos están tan puras como mi corazon: vos sois el que vais acaso á cometer uno, y muy grande.

LORD. ¿Os obstinais igualmente en callar vuestros cómplices?

DILLON. Mal pudiera haber cómplices sin existir delito.

LORD. ¡Es decir que despreciais por medio de este culpable silencio la clemencia del cielo y la indulgencia de los hombres!

DILLON. Al contrario, las imploro; el hombre mas justo las necesita. Pero vos, señor, ¡acordaos tambien de que Dios os ve, y que va á oir vuestra sentencia!

LORD. Oidla. (*Un jurado se acerca y entrega la sentencia al lord diputado, quien la abre lentamente y como con terror. Dillon espera, con los ojos elevados en el cielo; su mujer y su hija, á su lado, parecen implorar al cielo con fervor. Jorge y María las imitan al parecer en el otro estremo de la sala.*)

ANA. (*Con voz apagada.*) ¡Dios mio! Tú sabes que es inocente; sálvale.

LORD. (*Se adelanta algunos pasos, y despues de un momento de indecision lee.*) « El tribunal reunido, habiéndose asegurado de que se ha cometido un asesinato en la persona de Patricio Dillon, sabida la causa, y examinadas las circunstancias de este atentado, que le han sido descubiertas por el testigo Dermod bajo la fe del juramento, y resultando de las otras tres declaraciones que nadie ha podido ejecutar este crímen sino Roberto Dillon; el tribunal, por la mayoría de siete votos contra cinco, condena á dicho Roberto Dillon á la pena capital. (*Ana, Isabel, María y Jorge exhalan un grito de dolor; aquellas dos se prosternan á los piés de Dillon, besando sus manos que tienen cogidas, ahogadas por sus sollozos.*)

ANA é ISABEL (*Pudiendo apenas hablar.*) ¡Esposo idolatrado! ¡Padre mio!

LORD. (*Mas rápidamente.*) «Y teniendo en consideracion las amenazas sediciosas de algunos perturbadores, opuestos á la creencia dominante de la Gran-Bretaña, el consejo determina, para dar un pronto escarmiento y evitar cualquier consecuencia desagradable, que el sentenciado sea conducido inmediatamente al suplicio; (*Ana é Isabel se levantan, á medida que lee, en el mas alto punto de desesperacion y espanto.*) y encarga á los magistrados que permanezcan reunidos hasta el momento en que la primer campanada de la torre anuncie la muerte del reo.» (*A dos oficiales.*) Ejecutad las órdenes del tribunal. (*Movimiento general.*)

ANA. ¿Con que es cierto? ¡Ah! yo te sigo á la muerte... Nadie podrá arrancarte de mis brazos; el verdugo no se atreverá á herirte sobre mi pecho.

DILLON. ¡Santo Dios! Cara esposa, ¿qué haces? ¿Qué es ya de tu valor y de tu nóble resignacion? Llegó el momento en que debemos cumplir con los deberes mas grandes y mas sublimes que ha impuesto á los hombres el Todopoderoso. Si; ¡mi muerte y tu vida servirán algun dia de ejemplo, y esta idea debe llenarnos de un valor sobrenatural! ¡Pensemos en la eternidad para poder soportar las últimas penas de este mundo! Yo te precedo con mi desgraciado hijo.

LORD. Basta de dilaciones: que le lleven al suplicio.

DILLON. ¡Ah! Dejadme siquiera que las abrace por la última vez. (*Jorge y María se precipitan hácia él y le besan las manos, que él les tiende afectuosamente.*) Adios... Adios, amigos mios, hija mia, querida esposa... Dios mio, ampara á mi familia... Prohibo á Eduardo que trate de vengar mi muerte. Perdono á mis enemigos, perdono tambien á mis jueces: ojalá que les perdone el cielo... Vamos... Isabel, sosten á tu madre: adios, adios. (*Quiere salir mientras que su mujer esta casi desmayada en brazos de Isabel.*)

ISABEL. ¡Madre mia! Ya le llevan... ¡Ah!

ANA. (*Volviendo en si y corriendo hácia su esposo.*) ¡Detente! ¡Detente!

DILLON. ¡Santo cielo!

ISABEL. ¡Padre!

DILLON. ¡En nombre del cielo, abreviad mi suplicio! (*Separan por fuerza á Dillon de su familia, y le llevan; se le ve pasar por la plaza por detrás de las ventanas de la sala. Entre tanto el lord diputado vuelve á entrar en la sala del consejo, y los soldados se retiran. Jorge ha seguido á su amo. Isabel y María han colocado á Ana en un sillon, ya desmayada; Isabel está á sus piés, y la tiene apoyada en sus rodillas; María, detrás, tiene los ojos cubiertos con el pañuelo ó el delantal. Entonces Dermod, agitado de un secreto terror, aparece en el fondo de la sala, entra y se acerca reparando en el grupo de las tres mujeres, que no le ven; al mismo tiempo un mozo con una carta en la mano se deja ver en la plaza mirando por una de las vidrieras de la sala.*)

ESCENA X.

ANA, ISABEL, MARÍA, *agrupadas en un lado;* DERMOD *por el opuesto, y poco despues y á su lado el* MINISTRO *que salió antes á buscarle; despues el* MOZO, *que entra con aire tímido y como buscando á alguien; luego* JORGE.

MINISTRO. (*A Dermod.*) Esperad. (*Pasa á la sala del consejo.*)

DERMOD. ¿Qué me querrán? ¡Oh! (*Mirando al grupo.*) ¡Hé aquí mi obra! Satisfice mi ódio... ¡consumé mi venganza! Pero si llegase á saberse...

MOZO. ¡Gracias á Dios que me han dejado entrar! Desde las siete de la mañana ando buscando ocasion de hablar al... (*Viendo á Ana.*) ¡Ah! ¿Qué veo? ¿No es aquella la pobre señora de Dillon? (*Se enjuga los ojos.*)

DERMOD. (*Aparte.*) Salgamos de aquí... ¡Sufro un tormento espantoso!...

MOZO. (*Tropezando con él.*) ¡Ah! Perdonad... Para serviros, caballero.

DERMOD. ¿Qué quieres?

MOZO. Nada, señor. Es una carta que traigo para el lord diputado.

DERMOD. ¡Una carta! (*Le aparta á un lado con bastante inquietud.*)

ISABEL. (*Que sigue ocupada con su madre.*) ¡Ay de mí! ¡No vuelve!

MARÍA. (*Desconsolada.*) No hay nadie que nos socorra.

DERMOD. (*Al mozo.*) ¿Una carta para el lord diputado? ¿De quién es?

MOZO. ¡Oh! no miento, no, señor: miradla, esta es. (*Sacándola del bolsillo, y leyendo el sobre.*) Al señor Fitz Williams lord diputado en Irlanda, por su majestad la reina de Inglaterra...

DERMOD. (*Cogiéndola con desconfianza.*) Cierto. Al señor Fitz Williams... (*El mozo está distraido mirando á Ana. Aparte.*) ¿Qué es esto? Yo conozco esta letra... si... es la suya...

MOZO. ¿Eh? Conoceis...

DERMOD. ¿A qué hora te han entregado esta carta?

MOZO. ¡Pardiez! Ayer á las ocho, señor. Estaba anocheciendo.

DERMOD. ¿En qué punto de la ciudad?

MOZO. Señor, cerca de la casa del señor Dillon.

DERMOD. Pues, amigo, ahora no puedes ver al lord diputado.

MOZO. Lo siento porque ya me canso...

DERMOD. No obstante, dentro de un rato debo verle yo mismo; yo me encargo de entregarle esta carta... Pierde cuidado. (*Ana empieza á volver.*)

MOZO. ¿De veras, señor? ¡Eh! Pues si tuvierais la bondad...

DERMOD. Dentro de muy poco quedará en su poder. Anda con Dios, anda.

MOZO. Muchas gracias, señor. Os suplico que no la olvideis. (*Mirando á Ana.*) ¡Pobre señora!... ¡Qué lástima de familia! (*A Dermod, que le hace una seña para que se vaya.*) Ya me voy, señor, ya me voy, y tantas gracias. (*Vase.*)

ISABEL. ¡Ya respira!... Ya abre los ojos.

MARÍA. ¡Señora!

ISABEL. ¡Madre mia!

DERMOD. (*Que ha abierto la carta.*) Veamos, veamos. (*Lee bajo.*)

ANA. ¿Dónde estoy?...

DERMOD. (*Despues de haber leido. Aparte.*) ¡Cielos! ¡O Providencia! ¡Si esta carta se entrega, soy perdido! (*Echa á su alrededor miradas de espanto, y empieza á rasgar la carta.*) ¡Aniquilémosla!

UN DEPENDIENTE DE JUSTICIA. (*Sale de la sala del consejo.*) Caballero, el lord diputado me manda que os lleve inmediatamente á su presencia.

DERMOD. Ya os sigo. (*Aparte, apañuscando la carta y ocultándola en el pecho.*) ¡Que no aparezca nunca! (*Sigue al ministro á la sala del consejo.*)

ESCENA XI.

ANA. ISABEL, MARÍA.

ANA. (*Levantándose sostenida por su hija y María.*) ¿Qué oscuridad me rodea? ¿Donde está mi hijo? ¿Dónde está mi esposo? ¿Qué? ¡Ya me han dejado sola!

ISABEL. No, madre mia. Aquí estamos contigo.

ANA. (*Mirándolas.*) Si... ¡eres tú, hija mia! ¿Por qué llorais? (*Las dos se vuelven para ocultar sus lágrimas; entonces Ana mira á su alrededor, procura coordinar sus ideas, recorre la sala, lee sucesivamente sobre las puertas laterales sus respectivas inscripciones, y reuniendo todas las fuerzas exhala un grito doloroso.*) ¡Ah! mi esposo va á morir. (*Quiere precipitarse fuera de la sala.*)

ISABEL *y* MARÍA. ¡Madre mia!... ¡Señora!

ANA. (*Arrastrando consigo á su hija.*) Ven, hija mia, ven. Corramos á morir con el.

MARÍA. (*Deteniéndola.*) ¡Ah! No salgais, señora, no salgais. (*Se oyen pasos precipitados y gritos.*)

ANA. ¡Cielos! ¡Qué rumor! ¡Qué tumulto!

ISABEL *y* MARÍA. Es Eduardo. (*Este llega y trae consigo al mozo, seguido de una multitud de personas y de Jorge.*)

ESCENA XII.

Dichos, EDUARDO, JORGE, *el* MOZO, *gente que ocupa el fondo.*

TODOS. (*Saliendo al encuentro á Eduardo.*) ¿Y mi esposo? ¿Y mi padre? ¿Y mi amo?

EDUARDO. ¡Ah! Señora, tal vez traigo su justificacion; una carta de vuestro hijo.

TODOS. ¿Una carta?

EDUARDO. (*Al mozo, que tiembla.*) ¿Dónde está ese hombre á quien se la has entregado? ¿Dónde está? ¡Vamos! ¿Donde está?

MOZO. Señor, ¡por Dios! Yo no sé. Aquí estaba... Aguardad, habrá ido á llevarla al lord diputado.

EDUARDO. ¡Ah! Corramos... (*Abrense las puertas y el lord diputado aparece; al verle todo el mundo da un grito y se detiene.*)

ESCENA XIII.

Dichos, LORD DIPUTADO, DERMOD, *todos los jurados etc., poco despues el pueblo y los soldados.*

LORD. ¿De qué procede ese alboroto? ¿Qué reunion es esta? (*Todos los jurados salen de la sala del consejo y van llenando la escena.*)

EDUARDO. (*Al mozo á medida que los jurados van saliendo.*) Miralos bien. ¿Es ese?

MOZO. No, señor.

EDUARDO. ¿Y ese?

MOZO. No, señor.

ANA. ¡Yo tiemblo toda!

EDUARDO. Ten cuidado.

MOZO. (*Observándolos á todos.*) Tampoco, no, señor, tampoco. ¡Ah! (*Sale Dermod.*) Ese es, señor, ese es; á ese fué á quien entregué la carta.

TODA LA FAMILIA. ¡Dermod!

LORD. ¿Qué significa esto?

EDUARDO. Ese traidor tiene en su poder una carta para vos: segun todas las apariencias justifica á Dillon; es de su hijo.

DERMOD. ¡Yo!

LORD. ¡Una carta!

EDUARDO. Mandad que se la quiten, ú os hago responsable de la muerte del inocente.

DERMOD. Deteneos.

TODOS. Mandadlo, mandadlo.

LORD. Sujetadle. (*Los soldados obedecen; se le registra.*)

ANA. Daos prisa, daos prisa..... Mi esposo va á morir. (*Eduardo levanta la carta en alto enseñándola á todo el mundo.*)

TODOS. ¡Ahí está!

LORD. Dádmela. (*La abre y lee precipitadamente. Movimiento general á su alrededor.*) «No se culpe á nadie en mi muerte. Dermod me ha conducido al borde del abismo, y voy á quitarme la vida.» (*Volviéndose hácia Dermod.*) ¡Miserable! ¡Perjuro! (*A los soldados.*) Prendedle.

ANA. Salvad á mi esposo.

LORD. ¡Corred, volad!

EDUARDO. (*Apoderándose de la carta.*) Dádmela, dádmela; yo seré el primero...

DERMOD. (*Aparte.*) ¡Soy perdido! (*Eduardo corre agitando la carta en señal de triunfo; todo el mundo se precipita detrás de él. El fondo entero del teatro no presenta mas que un grupo inmenso de personas. Al mismo tiempo que Eduardo va á arrojarse fuera de la sala se oye una campanada: todos se detienen. Un temblor general se apodera de todos, y la campana sigue sonando lentamente. A cada campanada todo el grupo retrocede, hasta llegar con la mayor consternacion, siempre en la misma forma, al principio de la escena. Allí Ana é Isabel caen de rodillas; el lord diputado se arroja sobre un sillon tapándose la cara, y todos los jurados, agrupados á su alrededor, parecen temer que las paredes se vengan abajo sobre ellos. Dermod se ve rodeado de soldados que vuelven con ademan furioso y rostro indignado las puntas de sus espadas contra él. El pueblo acude y llena la plaza pública.*)

EDUARDO. (*Todavía con la carta en la mano.*) ¡Ya no hay remedio! ¡El crímen está consumado! ¡El inocente espira! ¿Ois esos ecos lúgubres, que resonarán eternamente en vuestras almas? ¡Los siglos venideros los oirán tambien, y el nombre de Dillon quedará grabado en la historia con caracteres de sangre! (*Dermod, derribado por los soldados, cae, una rodilla en tierra, y se ve rodeado de espadas que le amenazan.*) ¡Madre mia! ¡Isabel! Roberto Dillon va á recibir la corona de los mártires.

FIN.